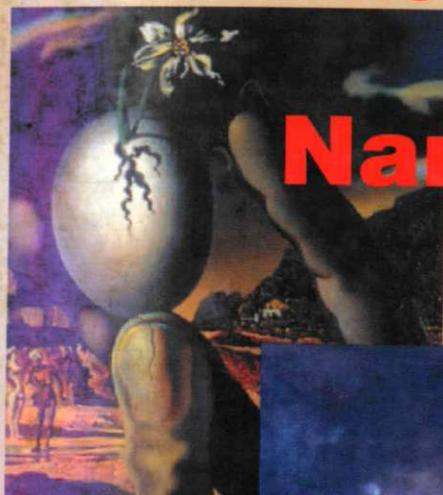


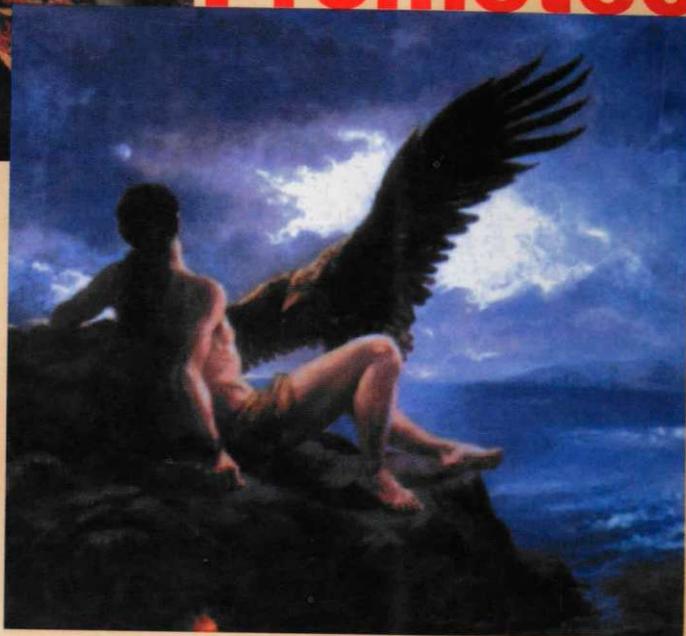
Juan Gervasio Paz

Entre



Narciso y

Prometeo



RELATOS - CUENTOS - POEMAS

*e*ditorial

*S*uburbio



**Juan Gervasio Paz**

**Entre  
Narciso y  
Prometeo**

RELATOS - CUENTOS - POEMAS

***editorial***

***Suburbio***



Diseño: AJG Design Press

Tapa: Fragmentos de pinturas de Salvador Dalí y Elsie Russell.

I.S.B.N. 950-9371-18-1

© Juan Gervasio Paz

Editorial Suburbio  
Casilla de Correo N° 14  
1872 -Sarandí  
Argentina  
suburbio2@hotmail.com

Tesis 11- Grupo Editor  
Av. de Mayo 1370, p. 14, of. 355/56  
1085 Capital Federal  
tesis11@yahoo.com

Impreso en Argentina  
Derechos reservados.  
Hecho el depósito de Ley.

## *Palabras para la ocasión*

*Cuando terminé los originales de este libro, pensé si debía o no escribir su prólogo. Admito, al respecto, mi ambivalencia. Pertenezco al reducido número de personas a las que les encanta leer, por ejemplo, los comentarios de los filmes antes de ir a verlos. A la vez, estoy convencido que la gran mayoría de los prólogos no se justifican. En ocasiones resultan, en verdad, como otro libro que se introduce subrepticamente; en especial, cuando está escrito por un amigo del autor que tiene, a su vez, ambiciones editoriales.*

*Pero, generalmente, suelen ser obvios, redundantes o pretenden, por anticipado, justificar o disculpar el trabajo de la lectura del texto.*

*Sin embargo, en mi caso sentí que algo debía decir.*

*Más allá de su valor literario que no me corresponde juzgar, estas páginas son, con seguridad, lo más personal e íntimo que he escrito y publicado. Abarcan un conjunto heterogéneo de temas que toman la forma de relatos, cuentos y poemas. En algunos, como en "El tallista" o "Cleopatra", mi intención fue relatar la realidad tal como yo la viví, salvo los dos últimos renglones de "El tallista" que son, por supuesto, inventados. Otros son casi "delirantes", pero aún allí mi vida sigue en el trasfondo como no podría ser de otra manera. Por ejemplo, los protagonistas de algunos de los cuentos de*

*ciencia-ficción son mis propios nietos.*

*Diría que este libro es mi propio identikit, donde se encuentran mis ideas y sentimientos más encarnados, en cuerpo y alma.*

*Por eso, quizá estas páginas deberían quedar en el refugio privado en que fueron creadas.*

*Necesito, entonces, justificar la audacia de exponerlas, de mostrarlas y... de mostrarme.*

*Creo, quiero creer, que existe -para mentarlo en un concepto a la moda- un "mercado " de prójimos que pueden sentirse aludidos, identificados en alguna medida con el contenido de estas líneas. Deseo entrar en ese ámbito y en él ser reconocido, para que con mis lectores suceda lo que me ocurrió con los "Amigos de la vejez": que "nos olfateamos como perros vagabundos por calles que no nos pertenecen ".*

*J. G. P.*

*Para mis nietos:  
Luciano, Lucía, Mariana, Emilia y  
Mateo.*

*El intelectual progresista está debatiéndose, continuamente, entre Narciso y Prometeo.*

SUBCOMANDANTE MARCOS

*La cita del subcomandante Marcos encabeza este libro e inspiró su título. Él es un intelectual culto y, a la vez, un acérrimo defensor de los derechos de su pueblo, respetado, aun por sus más enconados enemigos. Al conocer sus palabras, me sentí atravesado y aludido en lo más profundo de mis sentimientos y pensamientos. Pero mis lectores no tienen por qué saber mitología griega. Por eso juzgo necesario alguna breve explicación.*

*Infinidad de estudios, interpretaciones y obras literarias y artísticas fueron motivados por el mito de Narciso que, en su esencia, alude a un joven que al contemplar su imagen reflejada en el agua, quedó fascinado e inmóvil hasta morir de inanición. Es el símbolo del desmesurado amor a sí mismo, que impide establecer lazos, relacionarse con otros.*

*La leyenda de Prometeo tiene varias versiones. En una, es el creador de los hombres; en otra, es quien les dio la inteligencia y la posibilidad de la cultura. La más conocida es aquella en que se relata que robó el fuego de los dioses para dárselo a los hombres. Esa trasgresión motivó un castigo terrible: encadenado a una roca, un buitre o águila le devoraría sus entrañas por toda la eternidad. Es el símbolo de la rebeldía contra los dioses o el destino y del compromiso con los seres humanos.*

## *Relatos*

## *El tallista*

Recuerdo aquel anciano; lo rescato del injusto olvido porque, convengamos, a veces el olvido es justiciero. No es el caso de este hombre que ayudó a poblar mi adolescencia de imágenes, pensamientos y fantasías.

Puntualmente, todas las tardes, venía a conversar con mi padre y conmigo en nuestro almacén de Palermo viejo. Almacén que, dicho sea de paso, llevaba el extraño nombre de "El Ave Fénix", como todos los que mi padre había tenido desde que la crisis del año 1930, lo llevó a la quiebra junto con sus hermanos; crisis de la que pretendía salir como el pájaro mitológico, resurgiendo de sus cenizas.

Volviendo a nuestro hombre, debo decir que su apariencia era patética, casi la de un mendigo o si lo prefieren la de un "clochard", para mentarlo con más delicadeza. El rostro abotagado, los párpados entrecerrados, la nariz florecida, proclamaban a los cuatro vientos su antigua afición al vino. Sobre una camiseta de abrigo que alguna vez debió ser blanca, vestía un perenne saco que nunca conoció tintorerías. Su atuendo lo completaba un sombrero grasiento, calado hasta las orejas. Era pequeño, encorvado, de marcha vacilante. Al llegar, se paraba del otro lado del mostrador, con los brazos cruzados sobre su abdomen prominente. De a ratos, en un gesto característico, pasaba una mano por su barba rala y descuidada y nos miraba

con dulzura, en silencio. Sus pequeños ojos, picaros, atisbaban el momento oportuno para iniciar el debate de la tarde.

Vivía a media cuadra por Julián Alvarez, en los fondos de una casa maltrecha por el paso de los años, de apariencia tan mísera como su precario inquilino.

Allí había un galpón que oficiaba a la vez de vivienda y taller porque -y éste es un punto central de nuestra historia- el viejo "clochard" era un consumado artesano, un artista que tallaba en madera cuadros que algunas personas para mí desconocidas, le encargaban. Recuerdo haber visto, entre otras obras seguramente olvidadas, un retrato del presidente Ortiz y, sobre todo, varias tallas de vírgenes encantadoras que un párroco le pidió.

Nunca supimos su verdadero nombre; no creo que lo hubiera mencionado. Supongo que por discreción o intuyendo, quizá una penosa historia, tampoco lo preguntamos. De todos modos, no era realmente necesario, porque para todo el barrio él era "el tallista". Conocí, en cambio, algunos detalles para mí, fascinantes de su historia. Había nacido en Molfetta, un pueblo al norte de Bari, sobre el Adriático, que como él explicaba, quedaba por debajo de la espuela de la bota, a la que se asemeja el mapa de Italia.

Había participado en la primera guerra mundial como técnico en la aviación. Sus descripciones de la contienda eran de un realismo sobrecogedor y me impresionaba la sencilla verosimilitud que lograba otorgarles. Preparaba en tierra a los primeros bombarderos italianos (toda una innovación para la época) que iban a dejar caer su carga en las líneas y la retaguardia del ejército austríaco. Solía ocurrir que las improvisadas pistas de

despegue estaban, a su vez, bajo el fuego de la artillería del enemigo. Ahora que rescato estas anécdotas bélicas, pienso que la impresión que me produjeron no tuvieron que ver tanto con su dimensión dramática, como con que era la primera vez que yo escuchaba, en vivo, el testimonio de un combatiente.

Otra historia -más que historia, breve anécdota- ha tenido en mí recientemente una extraña e incluso inquietante repercusión. El tallista nos había contado, seguramente en más de una ocasión, una escena vivida por él en las orillas del golfo de Nápoles. Sobre la costanera, se distribuían una serie de vendedores ambulantes. Uno de ellos tenía una olla con tallarines. Por unos pocos céntimos, se podía comprar una ración abundante. Lo pintoresco del asunto era que el tamaño de la porción dependía de la habilidad del interesado.

La compra autorizaba a introducir un dedo en el agua casi hirviente y de ese modo, enganchar todo lo que cada uno fuera capaz de levantar. Él relataba con deleite la escena y imitaba frente a nosotros, el gesto de levantar el manojito de fideos con los que satisfacía, entonces, su hambre leonina con el marco bellissimo de aquel Nápoles de comienzos del siglo. Hasta aquí, la breve historia no tiene nada de singular. El problema es que, cuando pensé en escribir sobre el tallista, me di cuenta que "yo estuve allí". El recuerdo del tallista pasó a ser mío. Un recuerdo más vivido, más nítido que el que yo había guardado de mi estadía breve en Nápoles, cuando la visité muchos años después, en 1966 y tomamos, con Lea, el barco que nos traería de regreso a Buenos Aires después de nuestro primer viaje a Europa. Al sentir esto hace pocos días, evocé a Borges, quien dijo

alguna vez que «atesoramos recuerdos más que escenas reales». El caso es que, por esos extraños caminos del inconsciente, yo incorporé como propio, un recuerdo de otra persona con la que, indudablemente, tuve un vínculo muy especial, hasta el punto de lograr introducirse en mi memoria borrando el límite entre sus recuerdos y los míos.

A esta altura debo advertir al lector que el tallista, más allá de su apariencia desastrosa, era un hombre de una refinada cultura, al menos, en todo lo que tuviera que ver con lo italiano. Conocía muy bien la literatura, poesía, música e historia de la península y era un conversador impenitente y entretenido.

Había sido socialista. Tuvo que huir de su país tiempo después de la llegada del fascismo, lo que no le salvó de sufrir los golpes de garrote y el aceite de ricino con que los esbirros fascistas torturaban a los opositores de Mussolini.

Había aspectos sombríos en su vida; seguramente, dejó atrás una familia pero éstos eran temas vedados en nuestras conversaciones.

En la época en que frecuentaba nuestro negocio, transcurrían los años más terribles de la Segunda Guerra Mundial. Cotidianamente seguíamos, ansiosos, los avances y retrocesos en todos los frentes, como si fuéramos un estafalario Estado Mayor de las fuerzas aliadas. Mi padre, un gallego demócrataliberal con fuerte inclinación socialista y rabiosamente antifranquista, encontraba en el tallista a un interlocutor válido, con quien se entendía a las mil maravillas. Creo que yo siempre lo percibí pero ahora lo pienso con toda claridad: esa extraña pareja del italiano y el gallego, esos dos hombres humildes y a

la vez refinados, intelectuales de barrio, tuvieron desde siempre un fuerte valor simbólico. Vinieron a representar, para mí, la alianza fraterna de los pueblos que, siendo víctimas del fascismo, terminaron por mandarlo al basurero de la historia.

Una tarde que habría de ser memorable, el tallista me invitó a ir a su vivienda-taller. Había estado antes una o dos veces quizá. Pero, esa vez me habló con un tono enigmático y ,en el camino, me anunció que me iba a mostrar un gran secreto que nadie conocía. Confieso que me invadió un difuso temor. Más allá del respeto, el cariño e incluso la admiración que le tenía, siempre albergué una cierta sospecha de que este personaje, tan peculiar, ocultara un aspecto perverso o psicótico bajo su lúcida y bondadosa inteligencia.

Al entrar en el galpón, observé sobre una mesa algo como de un metro de altura cubierto con una sábana. Con extrema delicadeza retiró la tela y apareció, ante mi vista, un extrañísimo aparato; era un conjunto de ruedas, engranajes, poleas, balancines, que intrigado asocié con los mecanismos de los viejos molinos y de los relojes antiguos de péndulo. Estaba hecho de madera trabajada muy finamente y su apariencia era grácil, diría que elegante. Con un dejo de inocultable orgullo me dijo: "Ésta es la máquina del movimiento perpetuo". Mientras me explicaba con sobriedad la enorme importancia que para la ciencia y la sociedad tendría su invento, puso, con sumo cuidado, una bola de acero de unos 2 centímetros de diámetro en un sitio de uno de los engranajes y todo el complejo aparato comenzó a girar, a moverse, mientras yo miraba extasiado como la bola de acero subía y bajaba, iba hacia un lado y luego al opuesto, todo sin el menor ruido, suavemente. El tallista contemplaba, satis-

fecho, cómo funcionaba su invento y a la vez, se regocijaba con el asombro que logró producirme. Por un lapso que me pareció una eternidad, todo marchó a la perfección... hasta que las leyes implacables de la mecánica clásica se impusieron y la máquina se detuvo. Sobrevino un incómodo silencio. Con un ligero toque de su mano, otra vez se reinició el ciclo y, al cabo de unos momentos, nuevamente la maquina se detuvo. Me confesó, entonces, que todavía necesitaba ajustar algún detalle, que en realidad le faltaba una pieza.

Sentí, entonces, algo como vergüenza ajena y una inmensa pena por su ilusión fallida, por ese anhelo que, de haber sido posible, lo sacaría de su existencia miserable y anónima y lo proyectaría a la fama. Esa tarde nos separamos en silencio y nunca más volvió a hablarme del tema.

Han pasado muchos años, más de medio siglo y a veces pienso qué pena no tener ninguna de sus obras pero, por sobre todo, cómo quisiera contemplar aquí, en mi mesa, aquel ingenioso y bello dispositivo. Especialmente porque, como mi hijo es físico, quién sabe si juntos no podríamos hacer la pieza que faltaba.

## *Bautismo de fuego*

A los 15 años, pacífico y cobarde, tuve mi bautismo de fuego. Las fechas se cabalgan y confunden pero de algo estoy seguro: fue en la Avenida de Mayo. Eran por entonces los primeros tiempos de Perón y los últimos de la guerra. Y fue la primera vez que salí a manifestar en la calle contra la opinión de mis padres y, sobre todo, contra el miedo terrible que tenía. La manifestación era enorme o así me lo parecía. Me sentí aliviado, protegido en la multitud y ganado por el entusiasmo de las consignas y los cantos. Desfilábamos ordenada y pacíficamente; sólo eran violentos nuestros reclamos a los gritos. De pronto unos secos ruidos. ¡Son tiros! dijo algún veterano en esas lides. Nuestras miradas, alarmadas, buscaron el origen. Unos metros atrás, en la vereda de enfrente, había una repartición oficial. En la puerta y en un balcón, unos sujetos tenían algo que relumbra en sus manos.

El desbando fue instantáneo. Yo estaba en la mitad de la cuadra y pensé que no llegaba a la esquina. Al subir a la vereda veo, con horror, un escuadrón de «La Montada» que enfila sobre nuestro grupo de prófugos desesperados. A unos pocos metros, un "cosaco" sube tras de nosotros en la esquina. Sentí un extraño estrépito. Providencialmente, el caballo resbaló y cayó arrastrando a su jinete que ya enarbolaba el sable sobre mi cabeza.

***Corrí, corrí como nunca lo había hecho. ¿Fueron siglos; fueron instantes?***

**A la mañana siguiente los diarios informaban que, en ese lugar y a unos metros delante de mí, había sido muerto de un disparo un joven estudiante de apellido Blastein que tenía mi edad. Aquí hay tela para especular sobre el azar y el destino ¿no le parece?.**

## *Cleopatra*

Ahora comprendo que Cleopatra fue para mí la reencarnación de la legendaria reina de Egipto. La llamábamos Clery en una versión porteña que, malamente, disimulaba el exotismo de su nombre. Lo que no se podía ocultar a mis ojos de febril adolescente, era su esbelta silueta y, en particular, su rostro de ojos rasgados y pómulos salientes, de una extraña belleza.

Debo confesar que, por entonces, yo tenía mi corazón dividido sin malicia, sucesiva y simultáneamente, entre varias muchachas, hijas de la colectividad helénica que todavía hoy recuerdo con ternura.

Los azares del destino o más bien de la geografía barrial, me llevaron a relacionarme con familias griegas que vivían cerca del almacén de mi padre. Con algunos de sus hijos me hice muy amigo y ellos, generosamente, me invitaron a sus reuniones y a los que fueron mis primeros bailes. Allí conocí a esas atractivas y dulces jóvenes, algunas de las cuales inspiraron mis primeros plagios de los poemas de Neruda.

Entre todas, Cleopatra ejerció sobre mí una notable fascinación. Un motivo evidente era la mezcla de sutil seducción y de distancia con que manejaba, hábilmente, nuestra relación. Por otra parte -detalle para mí doloroso- tenía pareja y la relación parecía inmovible. Ese juego provocativo y frustrante podía producir en mí cualquier cosa menos indiferencia. No tenía la me-

ñor idea de cuáles eran sus verdaderos sentimientos, más allá de su declaración de sincera amistad. Una situación ambigua que se agregaba a mi propia y exaltada confusión.

Había algo más que fui asumiendo con el paso del tiempo. La incorporación, como una especie de miembro honorario de la juventud helénica, tenía un doble sentido para mí: permitía asomarme a un futuro abierto e impredecible y, a la vez, en mi fantasía desbocada, significaba un viaje imaginario a un pasado altamente valorado. Por ese entonces, estaba hondamente atraído por el estudio de la Antigüedad, en particular de Egipto y Grecia. Ensoberbecido y con el consiguiente fastidio de mis amigos, intentaba provocar debates sobre la historia de la Hélade para apabullarlos con el que suponía mi mayor conocimiento sobre la cuestión. Cleopatra, con su fascinante corporeidad, encajaba a las mil maravillas como representante y, por qué no, acompañante en ese periplo soñado. Por si esto fuera poco, ella tenía un hermano llamado Leónidas (¡oh. Leónidas, el héroe de las Termópilas!). Admirado por hombres y mujeres era el único griego que conocí, cuya apariencia evocaba la belleza de las estatuas clásicas.

Intuyo que un compañero de aquella época podría sentir como exageradas mis valoraciones, pero así fue como yo las vivía. Cuando años después visité el Museo Egipcio del Cairo, me topé por azar con una escultura inconclusa realizada en piedra rosada. Del bloque emergía, finamente tallado, el hermoso rostro de Nefertiti esposa de Akenatón, el faraón que logró imponer, fugazmente, el monoteísmo en Egipto. A pesar de haber vivido más de mil años antes que la reina Cleopatra, no pude dejar de asociar a ambas con "mi" Cleopatra.

**Carlos Marx dijo en las primeras líneas de su libro "El 18 Brumario" sobre Napoleón III que la historia, al decir de Hegel, se repite y agregaba que la primera vez, es una tragedia y la segunda, una farsa.**

**Fueron una tragedia las sucesivas guerras de Julio Cesar y de Marco Antonio por el poder en Roma, la conquista de Egipto y el corazón de su reina. A mí me tocó la farsa, o mejor la tragicomedia. Encarnando al derrotado Marco Antonio, yo también sufría por los triunfos de mis imaginarios rivales. La disputa ya no acontecía en Roma o en Egipto; ni siquiera en el viejo Palermo. Nadie más que yo supo de esas guerras libradas en mi fuero íntimo. Mi enclenque autoestima se hubiera visto extraordinariamente reforzada de haber sido yo el vencedor.**

**Mas yo, como un caballero, no cejaba en la lid por la conquista de la dama. Creí ver una oportunidad cuando ya siendo ambos estudiantes de Medicina, ella comenzó a trabajar en el mismo laboratorio de análisis clínicos donde yo hacia estudios de orina de rutina como parte de mi practicantado. Aunque asumía esa tarea con encomiable responsabilidad, no tengo idea de cuántos de esos análisis tuvieron cifras alteradas por su sola presencia. Todo lo que ocurría en los hechos, no en mi cabeza, era que nuestra amistad se profundizó e hizo casi cotidiana. Por supuesto, la invitaba reiteradamente a salir y siempre recibía como respuesta una firme y afectuosa negativa, lo que tristemente sólo lograba aumentar su valoración y mi deseo por ella.**

**Tanta insistencia tuvo, finalmente, alguna recompensa: el destino me otorgó mi día de gloria. Una tarde inolvidable, un lujoso automóvil negro se detuvo en la puerta del almacén. Ante la mirada azorada de la barra de la esquina, Cleopatra, más linda**

que nunca, bajó del coche y entró en el negocio. Venía a buscarme. Cuando caminé a su lado los pocos metros que nos separaban del auto, gozaba de esa, mi marcha triunfal. Imperaba el silencio de la siesta en el viejo Palermo y a dúo, también el estruendoso silencio de quienes eran, hasta unos momentos antes, bulliciosos muchachos. Sólo en mis oídos resonaban las trompas de los legionarios, y sólo ante mis ojos se abrían las avenidas de Roma o Alejandría, por las que marchaba el cortejo de César o Marco Antonio de la mano de su reina.

El encuentro se repitió alguna vez y si no hubo amor, se dio una ternura inaugural sobre nuestra sólida amistad. Luego, me costó entenderlo, todo volvió a ser como antes. Mucho después creí comprender que mi devoción había ganado algo así como un "premio consuelo".

Finalmente llegó nuestra graduación y, poco después, me anunció que se iba a Estados Unidos. Debo admitir que la melancolía que me produjo la noticia cedió pronto a la tristeza; luego a la nostalgia y, al fin, al casi olvido. Yo había entrado en la época de todos los compromisos: con la profesión, la militancia, los compañeros, los nuevos amores. Cleopatra se fue alejando junto con los años de mi juventud que no fue particularmente feliz y mucho menos "dorada". De ella sólo tuve alguna noticia muy de tanto en tanto: se había casado con un colega británico, tuvo hijos y ejercía la medicina. Se hizo evidente que se había alejado, definitivamente, de su vida en Buenos Aires.

Pasaron muchos años; ¡más de un cuarto de siglo!. En ocasión de un primer viaje a Estados Unidos, paramos con Lea unos días en Nueva York. La probable cercanía de Clery reavivó su

recuerdo y con la sabia complicidad de *mi* esposa, decidí tratar de ubicarla. Hice una serie de llamados a instituciones médicas y finalmente escuché y reconocí su voz. En mi precario "american english" le dije: "No podés imaginar quién te habla". Al escuchar mi nombre, lanzó una exclamación de asombro y al contarle mi búsqueda, atinó a decir, extrañamente: "podía estar muerta" 'Es verdad -le contesté- pero en ese caso no hubieras atendido el teléfono".

Dos noches después, estábamos cenando en su casa en compañía de su marido. Vivían en un bello paraje, en una casa nada lujosa a orillas de un pequeño lago, a media hora de Manhattan. Fue un encuentro muy agradable y a la vez muy...raro. Como Lea hablaba aún menos inglés que yo, pasé la velada charlando con un encantador psiquiatra escocés, mientras mi mujer conversaba animadamente con Clery. Fue, como dicen los franceses, "un pie a tierra". Frente a la inexorable realidad, creí entender que se disolvía la mitología o la historia griega: habíamos, implacablemente, envejecido. Lo más que se podía decir piadosamente era que resultábamos en el mejor de los casos, como el Partenón: sus ruinas actuales pueden ayudar a imaginar la bella grandeza del pasado. Sin embargo, sorprendentemente, nuestra amistad se mantenía fresca y perdurable. Hubo todavía algún otro encuentro en el que pudimos contarnos sobre todo lo no dicho en nuestra juventud.

Luego sobrevino, para ambos, una época de muchos sufrimientos. Ella enfermó gravemente; cuando se repuso, falleció su marido.

Mi esposa Lea inició el calvario de la enfermedad que finalmente la llevaría a la muerte. Durante ese prolongado lapso,

nuestras cartas fueron esporádicas, siempre cordiales, afectuosas, pero reticentes en abordar los núcleos del dolor.

Después de perder a nuestros compañeros, pensé que nos habíamos ganado el derecho a compartir unas vacaciones como viejos amigos. Estábamos en la cuenta regresiva de nuestras vidas y en nuestra larguísima relación, fueron muy pocos nuestros encuentros a solas. Quería escribirle sobre mi fantasía más que proyecto, pero mis dos últimas cartas no habían tenido respuesta. Tuve un presentimiento ominoso.

Otra vez inicié una búsqueda pero ya no albergaba la esperanza de la primera sino que, en el fondo, buscaba disipar mis temores. Con el soporte afectivo y técnico de Marta, mi nueva pareja, ubicamos la dirección electrónica de uno de los hijos de Cleopatra y le envié un e-mail. La respuesta llegó un par de semanas después. Su hijo me decía, literalmente, que mi mensaje "había iluminado el día de mi madre". A la vez lamentaba tener que informarme que a ella le diagnosticaron la enfermedad de Alzheimer.

Mi historia no difiere de tantas otras en las que se teje una trama con hebras de tiempo y sentimientos cuyo desenlace nadie pudo prever.

Desde la antigüedad los hombres supieron que sus vidas resultan del entretejido de voluntad y azar, de imperio de la ley y ejercicio de libertad. Los griegos clásicos lo expresaron en una fórmula impercedera: el conflicto, el combate entre los deseos humanos y los designios de los dioses.

## *Mis abuelos*

Evoco, y me duele, lo poco que recuerdo de ellos. Ahora que yo he adquirido ese status -y por goleada- vuelvo por el simple transcurso de la vida a recuperar imaginariamente mi lejana condición de nieto.

Y entonces constato, con desazón, la ausencia casi completa de esos vínculos en la realidad de mi infancia y, a la vez, me interrogo sobre la importancia que pudo tener para mí esa particular ausencia-presencia en la construcción de mi subjetividad. Dejo de lado estas disquisiciones que amenazan transformarse en un discurso teórico, para encarar mi condición de nieto como un fragmento nada despreciable de mi historia personal.

Mis abuelos paternos fueron don Benito y doña Rosa, campesinos gallegos a los que nunca conocí y que murieron, en su comarca natal, cuando yo tenía 12 y 7 años respectivamente. La familia tenía el apodo de "Xalleiros", quizás porque algún antepasado provenía de la zona atravesada por el río Xallas que corre bastante más al sur y desemboca en el Atlántico. Vivían en el lugar de Serantes que tiene algunas pocas casas que no autorizan siquiera a hablar de una aldea o pueblo. Allí está la antigua casa de piedra de dos plantas. Abajo, la cocina con el horno y el lugar de estar; al lado mismo, la cuadra de los animales donde tenía su refugio el tesoro de los campesinos gallegos: la

vaca. Arriba , las piezas de vivienda que daban a un amplio balcón. Fuera de la casa, un aljibe y dos hermosos hórreos, que son graneros contruidos en piedra y que forman parte inseparable del paisaje gallego. Alrededor, las tierras de labranza y los pinares propiedad de la familia. Eran para el minifundismo que imperaba, campesinos acomodados ya que, entre otros datos, contrataban peones para ayudar en las tareas. El sitio es encantador, muy cercano de la iglesia de Moraime, de estilo románico y que data del siglo XII. Pegado a sus muros se encuentra el viejo cementerio donde yacen mis antepasados gallegos. A unos pocos kilómetros está Muxía, un pequeño puerto pesquero sobre la ría de Camarinas. Caminando unos metros se llega al famoso santuario de la Virgen de la Barca, frente mismo al Atlántico, cuyas olas rompen con furia en ese sector de "La Costa da Morte". No quiero alejarme del núcleo de mi relato, pero debo dejar constancia del cúmulo de leyendas y mitos, de saberes populares que poblaban la mente de mis paisanos e integraban aspectos de su vida cotidiana y que, por supuesto, dejaron en mí su huella.

Supe de mis abuelos por los relatos de mi padre y de algunos otros familiares. Guardo algunas pocas fotos maltratadas por el tiempo, en particular una de mi abuelo con una dedicatoria en su reverso que descubrí no hace muchos años. La explicación del tardío hallazgo es simple: se trataba de una de esas clásicas fotos enmarcadas que perduran por décadas sin que a nadie se le ocurra mirarlas del revés. El bueno de don Benito dejó un mensaje que a la vez me conmovió y frustró. Está fechado, no sé si por azar, en el día de mi cumpleaños y dice así: "Les mando esta fotografía a mi querida hija y nietitos en prueba de cari-

ño y para que sean (sic) el abuelito y padre a todos os saludo con el pensamiento vuestro padre y abuelo. Benito Paz". Aclaro que por ese entonces vivían en Buenos Aires, además de mi padre, otros tres hijos de él, dos varones, mis tíos Hermenegildo y David y una mujer, mi tía Mana y también varios nietos, dos jóvenes y otros dos aproximadamente de mi edad. Mi frustración vino como es obvio de esta "prueba documental" que muestra una cierta cercanía afectiva pero, a la vez, el carácter no personalizado de la relación ya que no figura mi nombre en la dedicatoria.

Mi abuelo era de pequeña talla, frente despejada y poblados bigotes. Poco sé de su carácter; quizás reservado, firme pero algo distante, sin los desbordes autoritarios muy propios de los padres de antaño. Por otra parte, parece ser que quien tenía la voz de mando era la abuela Rosa. Benito viajó a la Argentina a fines del siglo XIX, siendo todavía soltero. Mi padre me contó que trabajó en los jardines de Palermo en la época en que se demolió la casa de Rosas y también que visitó "tolderías de indios y vio como bebían sangre de caballos" (sic). Un primo me narró hace poco, confirmando el relato de mi padre que el abuelo, viviendo su vejez en Galicia, daba sorprendentes muestras de haberse "acriollado», ya que recitaba de memoria versos del Martín Fierro y se había hecho adicto al mate; esperaba con ansiedad el envío de las encomiendas de yerba que mi padre le hacía desde Buenos Aires. Mi primo agregó un detalle significativo que mi padre nunca mencionó y es que Benito trabajó un largo período en casa de un político de clase alta; mi pariente creía que ese hombre fue un presidente de la Argentina

aunque no supo darme su nombre. Benito viajó varias veces entre Galicia y Buenos Aires, instaló un almacén con despacho de bebidas y, en algunos de esos viajes, fue trayendo a varios de sus hijos, entre ellos, a mi padre que llegó en enero de 1911 a la edad de 12 años. Finalmente, en fecha no precisada pero seguramente alrededor de los años 20, volvió definitivamente a su lugar natal donde murió, el 12 de julio de 1941, a los 84 años.

De mi abuela Rosa tengo aún menos datos que de Benito. Campesina gallega típica, manejó con firmeza a su casa y sus hijos. Probablemente semianalfabeta, era inteligente y cariñosa. Mi padre siempre la recordó con veneración. Nunca salió del lugar de Serantes y fue una católica devota que llevaba al cura de Moraime lo primero y mejor que producía la finca, como en los tiempos del diezmo feudal. Por eso mi padre se sorprendió mucho cuando intervino, a raíz de una de las tantas peleas que había entre sus hermanos, porque uno de ellos le gritó a otro "judío de mierda". Rosa le dio una fuerte paliza y luego le dijo "que nunca te oiga decir eso porque nuestro señor Jesucristo era judío". Mi padre dedujo de este episodio que nuestros ancestros debieron ser judíos porque Rosa, que tenía como referente al cura de la aldea, sólo pudo haber escuchado de él que los judíos fueron los que mataron a Jesús. Es decir que debió remitirse a una antigua tradición oral. Esta idea siempre le complació y la probabilidad que así fuera se incrementaba por el posible origen de nuestro apellido que podría ser la traducción del hebreo Shalom; hecho frecuente entre los judíos que decidieron ocultar su identidad para permanecer en España después de la expulsión decretada por los Reyes Católicos y

que recibieron el despectivo nombre de "marranos". No deja de ser curioso cómo me he enterado hace muy poco que Paz, en hebreo, es nada menos que "oro fino". Por si algo faltara para reforzar la hipótesis, a poca distancia de Serantes, existe todavía hoy un caserío similar de nombre Sinagoga (!!).

Sólo puedo agregar que mi abuela Rosa falleció a los 68 años, el 31 de julio de 1936. Las noticias de las muertes de mis abuelos, así como la de algún otro pariente, llegaban por correo con mucha demora en unos siniestros sobres ribeteados de negro que ya anticipaba, a quienes lo recibían, de su triste contenido. Desde ese momento, y por un tiempo rigurosamente establecido, todos en la familia, incluyendo por supuesto los niños, debíamos usar ropas de luto. En mi caso, recuerdo la odiosa corbata negra y, sobre todo, la tela negra que mi madre cosía alrededor de las mangas de sacos y creo que también de las camisas.

### *Mis abuelos maternos.*

Juan Narbaiz, el padre de mi madre, fue el único abuelo que conocí personalmente. Estaba radicado en la ciudad de Campana que, para los parámetros de mi infancia, quedaba muy lejos de Buenos Aires, donde siempre he vivido. Había enviudado joven y sus dos hijos, mi madre y mi tío Marcial, quedaron al cuidado de mis tías abuelas que eran sus hermanas Mariana y Agustina; la primera, también viuda prematuramente y la segunda, soltera de por vida. El abuelo Juan venía a Bs As. para fin de año y en algunas otras infrecuentes ocasiones. Se había vuelto a casar con María Pernet, miembro de una familia tradi-

cional de su pueblo y con ella tuvo una hija: mi "media tía" Susana. Era evidente que mi madre padeció siempre el abandono de hecho de su padre y una cierta hostilidad hacia su segunda esposa, que era una mujer de firme carácter y gran vitalidad. En ese clima familiar un tanto enrarecido, yo deseé siempre acercarme a mi abuelo, pero él no reparaba demasiado en mí; no recuerdo, por ejemplo haber recibido de él ningún regalo significativo. Nuestros encuentros se limitaban a unas pocas palabras, en el contexto algo formal de las visitas que, con su esposa, se efectuaban en el comedor de la casa de mis "tías viejas" a quienes, por otra parte, quise muchísimo.

Recuerdo vagamente que rara vez estuve en *Campana* cuando niño. Mi abuelo fue herrero y tenía un taller en los fondos de su casa. Me contaron que hacía las llantas de hierro de los carros y forjaba rejas y puertas; la puerta de la bóveda familiar en el cementerio donde están sus restos y los de buena parte de la familia, fue una de sus obras. Cuando lo visité ya no trabajaba. Era un lindo ejemplar de vasco: nació acá pero sus padres emigraron desde el país vasco francés. Tenía una hermosa cabeza blanca, un rostro afable de piel sonrosada. Era un viejo erguido, de apariencia sana y fuerte, seguro resabio de su duro oficio. Su parquedad contrastaba con la locuacidad de su mujer y sus hermanas. Picaro, sus pocas palabras estaban teñidas a menudo de un humor algo pesado que solía escandalizar a sus familiares y que a mí me divertía. Parece ser que cultivaba algunos hábitos un tanto estrafalarios. En ocasión de una visita a Campana, me llevó al viejo taller semidesmantelado donde creo que todavía hacía alguna changa y allí me presentó a su mascota:

la llamaba Martín y no era como yo podría haber esperado un perro ni siquiera un gato, un gallo o un loro. ¡Era un ñandú! Quedé paralizado por la sorpresa; más alto que yo, se acercó curioso ante mi presencia. El abuelo me advirtió que me alejara porque podía picarme en los ojos: le gustaban todos los objetos brillantes. Poco después vi como picoteaba y se tragaba los clavos y tornillos que descubría en el piso de tierra del taller.

Mi abuelo Juan fue entrando en sus últimos tiempos en una apacible y progresiva demencia que lo tornó aún más silencioso. Murió en su Campana a los 92 años de edad.

De mi abuela materna, salvo algunos aspectos dramáticos de su vida, supe menos que del resto. Quizás por eso es también que movilizó más mi fantasía. Nació en 1881, en una pequeña ciudad de Bélgica. Debió emigrar muy joven con algunos miembros de su familia. En Campana conoció a mi abuelo Juan con quien se casó y tuvo dos hijos: María Sara, mi madre, y Marcial. Poco después, en los primeros años de matrimonio, enfermó gravemente de tuberculosis y murió en 1910. Hasta aquí, de su historia podría decirse, cruelmente, que no tiene nada de interés. Sin embargo, su vida y su muerte, como mis lectores podrán percibirlo en las líneas que siguen, ha llegado a conmoverme literalmente en cuerpo y alma.

La tuberculosis era una enfermedad terrible que dieztaba a la gente joven y para la cual no existía ningún tratamiento eficaz. Cuando enfermó, mi abuela se vio forzada a separarse de sus hijos que quedaron al cuidado de mis tías abuelas, hermanas de Juan. Mi madre, que nació en 1904, no tenía el menor recuerdo de la suya. Es difícil imaginar el dolor, la angustia de esa joven mujer privada de sus hijos y enfrentando una muerte segura. De

ella sólo tuve, durante muchos años, su nombre y dos fotografías. Su nombre siempre me pareció bellissimo: Aliñe Demouselle. Cuando lo pronuncio, imagino un velo moviéndose suavemente, agitado por la brisa. Una de las fotos es del casamiento y muestra un rostro hermoso, sereno, de líneas regulares. La otra foto, en cambio, es seguramente de cuando ya estaba gravemente enferma y a pesar de la tristeza de la mirada y la extrema delgadez es, si cabe aún, más bello.

Mi madre perdió contacto con la familia de Aliñe. Existían algunos primos en Campana pero sólo uno de ellos nos visitaba muy de vez en cuando. Se llamaba Germán y era un gigantón afable que se divertía al verme ya muy alto para la edad que yo tenía. Me anticipaba que, como él, yo también sería granadero. Tengo una foto suya con el uniforme que por entonces parecía más de bombero, con un casco reluciente y emplumado. Entre paréntesis, reconozco que cuando fui a la revisión médica para hacer el servicio militar, sentí alivio al ser declarado inepto pero a la vez tuve una cierta frustración de no poder cumplir el vaticinio de Germán.

Dije que mi vínculo con Aliñe Demouselle, esa bella dama de fin del siglo XIX, me comprometía en cuerpo y alma. No es un detalle menor el que también tuve tuberculosis en mi juventud, siendo estudiante de cuarto año en Medicina. Fue un proceso severo que me recluyó en mi casa y atrasó mis estudios. Comenzó con una pleuresía y, meses después, sufrí una recaída con la aparición de una caverna en el lóbulo superior del pulmón izquierdo. Pasé por todos los tratamientos de entonces, incluyendo neumotorax. Alcancé, afortunadamente, la era de los

antibióticos y a pesar de ello, el proceso recién se detuvo con una operación de toracoplastía en la que me extrajeron cuatro costillas para colapsar definitivamente el pulmón lesionado. A diferencia de mi abuela, aquí estoy "para contar el cuento". Recién ahora puedo imaginar, en alguna medida, la angustia de mi madre, huérfana de una tuberculosa, al saber que su único hijo padecía la misma enfermedad.

Pero mi compromiso con el cuerpo en ese vínculo es aún más remoto. Desde la edad escolar yo crecía raudamente, superando a todos mis compañeros y creando admiración y también preocupación en la familia. A los 12 años medía casi 1,80 y alcancé, en pocos años, mi altura definitiva de 1,93. Toda mi familia era de estatura normal. Mis padres consultaron con especialistas que tentaron diversos diagnósticos, empezando por el nada agradable de tumor de la hipófisis y luego trastornos hormonales diversos. Parece que nadie pensó, por entonces, en el factor genético, hoy tan "de moda". Yo me hubiera ahorrado mucho sufrimiento y mis padres demasiada preocupación. Las pruebas de la verdadera causa de mi gigantismo habrían de llegar mucho después y por dos diferentes caminos. El primero, fue el hecho de que mi hijo llegó a ser más alto que yo y mi nieto Luciano, está en tren de igualarnos. El otro camino, que fue curiosamente desestimado en su momento, es parte de la novela familiar y quedó resuelto en un viaje a Bélgica.

Desde pequeño registré un par de comentarios o mejor mitos familiares que despertaron mi curiosidad. El primero aludía a que en la familia Demouselle hubo hombres de talla gigantesca. Se decía de alguien, quizás un tatarabuelo, que medía más

de dos metros y era minero. Yo suelo decir que de allí proviene mi veta melancoloides: ¿se imaginan un hombre de ese tamaño metido en las galerías de las minas de carbón que abundaban en esa región de Bélgica?. El otro comentario, era que la razón por la que se perdió contacto con esa familia fue que, en la primera guerra mundial, la ciudad fue destruida en su totalidad por los alemanes. Aparentemente, el argumento era razonable porque en esa zona, los ejércitos francés y alemán, se enfrentaron en una larga lucha de trincheras con permanentes bombardeos de artillería. Incluso, muy simbólicamente, el propio nombre de esa ciudad había sido "destruido" en la memoria familiar.

En 1986 hicimos con mi difunta esposa, el que habría de ser último viaje a Europa. Programamos un recorrido algo ambicioso, realizado en buena parte en autos alquilados. Estando en Holanda, quisimos llegar a París y como lo puede constatar cualquiera que mire un mapa, teníamos que atravesar indefectiblemente Bélgica. No bien llegados a Bruselas, su capital, dejamos las valijas en un hotel elegido casi al azar y nos dispusimos a un somero paseo para seguir viaje al día siguiente. Fue entonces que Lea, al tanto de la historia de la parte belga de mis ancestros, me sugirió que aprovechara la ocasión para obtener alguna información adicional. Sus palabras cayeron en terreno fértil, porque inmediatamente, nos dirigimos a la oficina central de turismo. Una atenta empleada desplegó, ante nosotros, un mapa que me pareció enorme para lo pequeño que es ese país. Yo sólo pude aportar la confusa fonética con que, algún familiar, aludió a la "ciudad perdida" donde nació mi abuela Aliñe. El índice de la mujer recorría pausadamente el mapa en círcu-

los concéntricos, hasta que creyó encontrar un lugar cuyo nombre se parecía al que yo torpemente pronunciaba. Estaba a unos 60 kilómetros de Bruselas y se llama en flamenco Morlanwelz y en francés Mariemont. En esta doble denominación encontré una de las causas de la confusión familiar; pronto descubriría otra aún más importante. A la mañana siguiente cambiamos la ruta a París por el camino a Morlanwelz. Llegamos sobre el mediodía a la plaza principal, frente a la Municipalidad. La pequeña ciudad, a primera vista carecía de todo atractivo: casas bajas, ni muy nuevas ni muy viejas, calles rectas con poco tráfico, escasa animación. En suma, me pareció el pueblo de una región minera que, como en tantos otros sitios, quedó marginado del progreso.

Las puertas de la Municipalidad se habían cerrado unos minutos antes. Ansioso al ver fracasar mi empresa, llamé insistentemente hasta que alguien se asomó. Logré hacerme entender en mi torpe y vacilante francés. Me imaginaba, al mismo tiempo, lo que un burócrata pueblerino podía pensar de mi empeño: yo venía de la Argentina para saber si allí había nacido mi abuela. Sorprendentemente, nos hicieron pasar. En el amplio recinto revestido de mármol, encontré la clave del enigma: todas las paredes del techo al piso estaban cubiertas por nombres. El pueblo no había sufrido el menor daño durante la Gran Guerra de 1914 al 18, pero en cambio un regimiento entero formado por sus hombres, fue aniquilado. En una oficina, un diligente funcionario que tomó el asunto como propio, se puso a revisar unos enormes registros en los que constaban las partidas de nacimiento de los habitantes. Revisamos -yo intentaba ayudar-

lo- varios, año por año, porque sólo tenía una idea aproximada de la fecha. Un rato después, mientras el empleado atendía el teléfono, al volver las páginas, mi vista se detuvo de pronto en el documento de Aliñe. Allí estaban todos sus datos sobre esas hojas impresas prolijamente y completadas con una elegante caligrafía. No pude menos que pensar en las consecuencias de la Revolución Francesa y el Código napoleónico, el Estado laico y los derechos de los ciudadanos y otras elucubraciones que se mezclaban, caóticamente, con el impacto emocional de lo que estaba viviendo.

Me dieron incluso una fotocopia de la partida para mostrarla a mi madre que, por entonces, vivía aún sana y lúcida. Pregunté, sin hacerme ilusiones, si conocían a alguien que llevara el apellido de mi abuela. Hube de sorprenderme, una vez más, cuando me indicaron una dirección en un pueblo muy cercano. Salimos disparados, conmovidos y agradecidos por las atenciones recibidas, rumbo a casa de mis probables parientes.

Llegamos a una casa igual a las otras, típica vivienda de clase media baja. Una mujer atendió mi llamado. Perpleja -¡no era para menos!- escuchó incrédula y después de un momento de vacilación, nos dijo que llamaría a su hija para que nos acompañara al encuentro de su esposo que estaba en el trabajo. Entonces, por el pasillo, vi venir desde el fondo de la casa una silueta femenina. Al acercarse, con un estremecimiento creí advertir en ella un notable parecido con mi propia hija. Aclaro que a esta altura había perdido toda mi objetividad y capacidad de juicio crítico. Lea, sin embargo, concedió que la mía no era una idea tan absurda. La muchacha se subió a su auto y pidió que la

siguiéramos. Llegamos a una cooperativa de un barrio cercano. Entramos y nos dijo que esperáramos, mientras iba a buscar e informar a su padre. Unos minutos después, apareció ante mí el señor Demouselle: y ésta fue tal vez la mayor de mis sorpresas. Frente de mí estaba mi imagen especular: su rostro no tenía nada familiar pero su cuerpo era mi propia imagen reflejada. Abrió los brazos y casi gritó "¡Mon cousin!". Ahí mismo nos comparamos y a borbotones salieron a relucir nuestros parecidos y diferencias."¡Fíjate que somos de la misma altura!" dice uno y el otro: "tenemos hombros angostos y caderas anchas" y "qué notable, tenemos pies pequeños y manos grandes" y a continuación las "historias clínicas". A él le había ido peor que a mí: los médicos, intrigados por su cuerpo, le operaron con un diagnóstico erróneo y el pobre quedó con una incómoda secuela de por vida. Los dos nos sonreímos, tristemente, porque quién sabe si ambos nos hubiéramos salvado de ellos de saber uno del otro en nuestra juventud. No pudimos averiguar con certeza nuestro grado de parentesco, pero era evidente que tuvimos tal vez un bis o tatarabuelo en común. El encuentro culminó en su casa; charlamos largamente, nos fotografiamos y vaciamos dos botellas de un excelente vino blanco. Al pedir un cenicero para arrojar la ceniza de mis cigarrillos, encontré la última y no menos importante de nuestras semejanzas: allí impresa, en el fondo de cristal, campeaba la rosa roja de los socialistas.

Cuando pienso en la influencia que sobre mí pudieron tener mis abuelos, no puedo menos que reflexionar desde mi formación científica y profesional. He elaborado una plausible hipó-

tesis que antes me inquietaba y ahora me divierte. Todos alguna vez han pasado por la experiencia de estar entre un grupo de familiares que contempla, extasiado, a un recién nacido en una maternidad. La escena, dulcemente grotesca, se reitera al infinito; alguien dice: "¡laboquita es del papá!"; otro replica: "¡pero las orejas son del tío fulano!". Una voz agrega: "¡y la frente es de la abuela!". Y no falta alguien que con autoridad comenta: "¡será varón pero es igualito a la difunta!", y así de seguido.

Pues bien, yo digo que mi cuerpo es de los belgas del norte europeo; mi cara, sin duda, de los vascos franceses y la mitad gallega de mi capital genético... yace oculta y alerta bajo los huesos de mi cráneo.

Hasta aquí todo o casi todo lo que supe, pensé y sentí de mis abuelos. Ha sido un placer escribir sobre ellos y a la vez dar mi testimonio, porque dentro de un tiempo, lamentablemente no demasiado prolongado, no habrá testigos de sus vidas y sus nombres desaparecerán en el pasado, junto con las generaciones que los precedieron.

Desearía que mis nietos guarden de mí más recuerdos, ni mejores ni peores, sino, sencillamente, más recuerdos de los que yo pude atesorar, con dificultad, de mis propios abuelos.

## *Trascendencia*

La vida me ha premiado sin hacer el menor esfuerzo: soy tal como los hoteles de lujo, un abuelo "cinco estrellas". Me sorprendo al advertir en esta ocurrencia algo más hondo: una metáfora quizás promovida por mi vieja afición astronómica.

En mi firmamento personal, brillan cinco astros que serán algún día centros de pequeños o grandes sistemas planetarios. Cada uno tiene su luz propia de distintos matices e intensidades, pero todos son portadores de vida inteligente y emociones humanas. Sus futuros están escritos en el Libro del Destino o si lo prefieren, en el determinismo caótico del Universo. En todo caso, los humanos -en esta ocasión el abuelo- nada podemos aventurar al respecto más que ilusiones, deseos y, por qué no, temores. Lo que se puede afirmar es que serán ciudadanos plenos del siglo XXI. ¿Quién es tan omnipotente y necio para anticipar el horizonte en que realizarán sus vidas?

Mi radical descreimiento, mi ateísmo visceral no me preserva sino, por el contrario, me hace más vulnerable al anhelo de trascendencia. Mi pretensión es más modesta que la que me ofrece la religión; no aspiro a la imposible eternidad. Me basta, creo, a riesgo de engañarme, con el recuerdo seguramente borroso de mis nietos. Deseo que en el apogeo o el declinar de sus vidas,

**en momentos de felicidad o infortunio o simplemente en el divagar propicio de las horas vacías, por un momento, por un fugaz instante, recuerden que tuvieron allá , en los albores del siglo, un abuelo que los quiso mucho y que sin poder saber realmente cómo llegarían a ser como personas, tuvo por sus nietos una confianza inapelable y un deseo de felicidad sin menoscabo ni condicionamientos.**

## *Elogio del olvido*

El olvido es un proceso temido y/o despreciado; asumido a regañadientes o disimulado, escondido, vivido con culpa y vergüenza; un fracaso más con que la vida se burla de nuestros deseos, de nuestras expectativas, de nuestra eficacia, en fin, de nuestra omnipotencia.

Y sin embargo... el olvido merece tanto respeto como la memoria. Como ella, nos es indispensable para vivir, pensar, gozar y también para recordar aquello que merece la pena.

Yo que estudié medicina -ya no me atrevo a decir que soy médico- necesito olvidar los huesos sesamoides, las catorce ramas de la arteria maxilar interna y también a esa maldita arteria; y las treintaidós inserciones musculares en el coxal y la entameba histolítica y el ascaris lumbricoides y tantas otras cosas que parasitan mi mente desde hace medio siglo. Necesito olvidar-me de aquel amigo que no se ocupó de mí cuando hace treintaisiete años estuve preso. También de las mujeres que no me quisieron y de alguna que amé. Necesito olvidar tantas ideas erróneas que todavía me visitan, sin que las invite como reclamando por antiguos fueros. Necesito olvidar el tiempo perdido, los proyectos fracasados, las ilusiones fallidas.

Trabajo del duelo, dicen los analistas Sepultar algunas agonías para poder recordar sin sombras a los rostros, las palabras y las sonrisas. Lo malo es que la historia, las historias y mi propia

historia, me atraen y me fascinan y entonces no sé cómo hacer para vivir el presente fugaz sin fantasmas del pasado: absurda e imposible pretensión. Convoco al olvido como a un dios griego y así poder mirar, virginal, mi futuro y el mundo por venir.

Pero el olvido, como la memoria, tiene sus límites, sus condicionamientos no sólo como funciones cerebrales y/o psíquicas, sino también desde la ética. No es bueno, por ejemplo, olvidar los errores del pasado porque su recuerdo, por doloroso que sea, es necesario para evitar la repetición. Y más aún: recordar nuestros errores es condición indispensable para construir una conciencia crítica. ¿Acaso la conciencia crítica no es, a su vez, la condición indispensable para comprender el mundo y comprendernos a nosotros mismos?

Dejando de lado estas divagaciones, debo confesar que mi elogio del olvido, mi deseo de olvidar han sido, puntualmente, derrotados por el libro de Horacio Ramos.

Pretender olvidar frente a una memoria encarnada, sostenida en la sangre, en la vida y la muerte de nuestros compañeros, es por lo menos una pretensión estúpida, un acto rayano en la perversión. «La memoria en la sangre» nos sirve no sólo para recordar con el corazón conmovido. Nos sirve, sobre todo como lo hace Horacio, para elaborar con esos materiales de un pasado más o menos reciente, nuestro lugar en la vida. La memoria en la sangre nos sirve para no quedar meramente atrapados en la nostalgia, en el lamento por lo perdido. Nos sirve para recordar, fielmente, a aquellos que amamos y también a aquellos que son nuestros enemigos. Nos sirve para fundar proyectos de

**futuro, nuevas utopías, para definir y ubicarnos frente a las viejas y las nuevas luchas.**

**Y nos sirve para desenmascarar las frivolidades, el engaño, el cinismo, la indiferencia que circulan, como ofertas tentadoras, en el supermercado en que se está transformando nuestra sociedad.**

**Por todo esto y bastante más, es que Horacio Ramos se ha ganado, con creces, uno de los más altos títulos que nuestro pueblo puede conferir: el de militante de la cultura.**

*Presentación del libro «La memoria en la sangre» de Horacio Ramos, el 6 de agosto de 1999.*

## *Textos irónicos*

# *Discurso del Secretario General*

*(Fecha incierta; fines del Cretáceo)*

**Compañeros dinosaurios:**

**He convocado esta reunión de carácter mundial porque, como ustedes ya saben o presumen, nos encontramos en situación de emergencia.**

**Desde que cayó el muro... -perdón- el meteorito, la naturaleza se rebeló contra nosotros. Creímos ser sus amos y señores y ahora pagamos por nuestra omnipotencia, soberbia e imprevisión. Es cierto que habíamos avanzado más allá de todo límite imaginable. Los nuestros llegaron a casi todos los rincones del planeta, y su presencia, fue el símbolo de una nueva vida. Sin embargo existían algunas señales de alarma. Cayeron antes, acá y allá, otros meteoritos pero su importancia era relativa o así nos lo pareció y nuestra posición no parecía amenazada. Ahora asistimos a un cambio repentino y brutal. La oscuridad y el frío parecen señalar nuestra próxima extinción. Algunos empecinados entre ustedes no lo quieren reconocer; peor para ellos.**

**Está claro que no estábamos adaptados para los nuevos tiempos. Sin embargo, debemos admitir que nadie pudo preverlo con suficiente anticipación. El cambio es profundo y no parece fácilmente reversible.**

**Asumamos con lucidez y serenidad nuestro destino y legue-**

mos, con dignidad, nuestra historia al futuro.

Comprendo la irritación generalizada al pensar que esas criaturas peludas y minúsculas que se ocultaban de nosotros, que se burlaban y conspiraban contra nuestra fuerza, hoy se regocijan de nuestra próxima desaparición. Sólo en nuestra ausencia podrán prosperar y, no es un pobre consuelo, imaginar que a ellos también les llegará su hora. Creen, tontamente, que con ellos advendrá una nueva época de paz y prosperidad. No niego que pueden tener recursos insospechados. Pero mientras nosotros matábamos para comer, y todos saben que muchos incluso nunca lo hicieron, es probable que ellos descubran la fascinación de matar por placer, por el simple hecho de dominar y gozar de la sangre de sus víctimas a las que ni siquiera van a devorar.

Es muy importante en estas circunstancias tan críticas, asumir que el destino no será el mismo para todos. Algunos de nosotros, pocos entre los más pequeños, es probable que perduren. Son los que han podido beneficiarse más de nuestras invenciones: la sangre caliente, el cuidado de las crías y la capacidad de volar al transformar las antiguas escamas de reptil en plumas y alas. De ellos será el futuro; habrán de convertirse en esos lejanos tiempos que no podremos ver, en nuestros representantes.

Estoy seguro que en días ahora muy lejanos, volverá a hablarse de nosotros. Espero que millones de seres nos descubran, se interesen, comprendan nuestras vidas y, sobre todo, sepan valorar lo que significó nuestro paso por la Tierra.

En este acto solemne, declaro disuelta nuestra asociación mundial.

## *La memoria*

Un machista diría que la memoria, como la mujer, es esquivia y traicionera. No pienso refutar el cínico planteo desde mi invertebrado feminismo. En cambio agregaré que la mía, como una esposa harta de un largo matrimonio, parece haber decidido abandonarme. No de golpe, porque sería una catástrofe, pero se va alejando de mí y creo que comenzó a engañarme.

Confieso en esta hora dramática que siempre la respeté y hasta la quise, pero nunca estuve enamorado. Cuánta envidia me producían algunos amigos que vivían fascinados por las suyas y las exhibían orgullosos en cuanta ocasión fuera propicia. Y muchas veces también lo hacían, ensoberbecidos, sin que viniera al caso. No sé cómo pude soportar a esos insufribles memoriosos.

Lo mío era distinto: convivíamos apaciblemente y ella siempre me ayudaba en difíciles trances. Por eso, casi la comprendo, pero no quiero ser, como es frecuente, el último en enterarme de sus engaños.

Está cansada y tiene parte de razón. Cansada de archivar centenares de libros, miles de páginas, de rostros, números, diálogos, anécdotas, de recuerdos terribles o triviales.

Creí, quizás ingenuamente, que era mía; que sólo por mí y para mí existía. Pero ahora, esposa fatigada del trabajo invisible de

la casa, pretende que la libere de su pesada carga. Sobre todo, contando hoy con la computación y la informática. Me dice que si hay lavarropas, microondas, freezer, por qué no reemplazarla por una máquina. Esa fría estructura no logra seducirme; yo, empecinado, insisto en que siga a mi servicio. Resultado: ¡ella trama su venganza! Y lo hace del modo más cruel: en el momento en que necesito un dato, una palabra, me los niega o peor aún, me induce a error, casi siempre en público.

Yo veo los rostros sorprendidos de quienes me escuchan, advierto las miradas burlonas o piadosas. Me siento al borde del ridículo, en situaciones similares a aquellas de las que he sido testigo en otros, por quienes sentí vergüenza ajena.

Lo peor es que se ha aliado con mi inteligencia que también está pasando por lo suyo. No sé dónde se habrá enterado -no puedo recordarlo- que ella, la memoria, no es una función aislada; que está íntimamente (oyeron bien: ¡íntimamente!) ligada a otras funciones superiores, en particular la inteligencia. Esa peregrina idea se le ha subido a la cabeza y como consecuencia, está insoportable. Pues bien, estoy decidido: voy a prescindir de ella. No más recuerdos ni nostalgias, basta de culpas y reminiscencias, aunque me olvide de abrocharme la bragueta.

Empecé yo también a liberarme. Me está gustando una PC con 64 Mega de RAM. Por ahí, me caso. Vamos a ver cómo se arregla mi memoria sin poder fastidiar a nadie con sus fallidos y sus ausencias.

*P.D.: La verdad, no me acuerdo el título.*

*Creo que Gervasio...*

## *Universidad de los monos*

Bioy Casares escribió una vez que un tío suyo editó un "Diario para monos" que no alcanzó a perdurar. Yo doblaría la apuesta y si el Banco Mundial, tan interesado en la educación de los países en desarrollo, me otorga un crédito, fundaría una Universidad.

Pero, para que no haya equívocos: la Universidad sería para humanos; los monos constituirían el cuerpo docente. Ya sé que algunos estarán pensando: "A éste se le subió a la cabeza la película del "Planeta de los simios". De ninguna manera. Esa era una burda patraña; en el mejor de los casos, un pasable cuento de ciencia-ficción. Yo estoy hablando de algo muy en serio. Sé que siempre los primeros pasos son difíciles. No es pavada encontrar a los mejores docentes. Los mejores son, generalmente, los que andan sueltos. Pero algún buen zoológico podría ayudar y hasta los laboratorios, siempre que los pobres bichos no estén ya deteriorados por el encierro, los experimentos y por el contacto con los humanos. Pero ustedes ¿tienen idea de lo que podrían ser las clases teóricas y, sobre todo, las prácticas? ? Ni hablar de los workshops. Les pongo algunos ejemplos para no andarnos por las ramas (porque eso es lo que ellos hacen; no nosotros, que no levantamos del suelo si no es con avión).

Traten de imaginar lo que podría ser el módulo de Pediatría y Puericultura. ¿Dónde se puede encontrar una mejor atención a los recién nacidos y los niños, un mejor cuidado y ternura? Y ya que estamos en el tema, ¿qué me dicen en el área de Psicopatología, la enorme ayuda a las madres que experimentan rechazo a sus hijos?.

Y ahora que están tan de moda los cursos de management empresarial, de formación de jóvenes ejecutivos, así como el asesoramiento en grupos con las técnicas de psicología institucional; ¿ustedes han pensado en el rédito de aprender de nuestros primos primates, la manera de equilibrar, sutilmente, la colaboración con la competencia por los liderazgos para mantener la cohesión grupal y, así, asegurar una existencia apacible para todos, y en donde cada uno ocupe el lugar que la naturaleza le asigna?

¿Y la formación de líderes en la comunidad, en la sociedad civil y, especialmente, en el Estado? Porque los monos hace millones de años que saben que los líderes que más duran no son los más fuertes y despóticos; son los más sabios y, fundamentalmente, los que dan confianza, seguridad y saben proteger mejor a los suyos.

¿Y el manejo de la agresión? Las Fuerzas de Seguridad y hasta el Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, podrían aprender mucho de nuestros congéneres. Sobre todo para no dilapidar hombres y recursos en acciones tremendas y abusivas. Podrían instruirse en usar la violencia simbólica en lugar de la real. Por ejemplo: aprender del macho alfa a levantar una ceja para ser obedecidos. Sé que el asunto es más complejo y no quiero sim-

**plificar *la* cuestión. Lo que me pasa es que tengo mis dudas sobre el nivel del alumnado.**

**Estos son sólo esbozos de un proyecto ambicioso. Pero estoy convencido que entre tantas Universidades e Institutos que se han creado, mi Universidad de los Monos ayudaría a sacar al país de su estancamiento y a la gente de su desaliento. ¿Acaso los monos no estimulan, en chicos y grandes, la curiosidad y a todos nos alegran?**

**Fíjense en Walt Disney, que para hacer más atractiva su película "Dinosaurio" metió un grupo de monos.**

*Relatos de  
ciencia-ficción*

## *Saurio Sapiens*

*Caminaban tomados de la mano por la pradera. La policromía del paisaje estaba oculta bajo un manto gris blanquecino. El volcán relampagueaba en el horizonte los últimos estertores de una gran erupción. Toda señal de vida se iba esfumando. Los pájaros fueron los primeros en huir. Bajo la fina lluvia de polvo emigraban las manadas. Caminaban sin apresurarse amparados en su propia compañía. El sol se había levantado muchas veces desde que eran pareja. Él, más alto y fuerte, la sostenía para ayudarla con el hijo que, de a ratos, se prendía mamando del pecho velludo de su madre. Un pequeño animal cruzó despavorido sobre las huellas que dejaban en la ceniza, mientras intentaban encontrar a sus compañeros ya perdidos en la bruma y la distancia. Se miraron inquietos, girando sus pequeñas cabezas de rostros prominentes. Muy juntos, se fueron alejando al paso medurado que él mantenía para no separarse de su compañera.*

La escena salió de foco en la pantalla y hubo señales de interferencia. Manos escamosas intentaron retomar la imagen. "Ellos" también se miraron inquietos, con sus grandes ojos de batracio, frente al acelerador megafotónico. Murmullos incomprensibles parodiaban un tenso diálogo. Muchas generaciones habían transcurrido desde que comenzara la búsqueda; hasta

ahora todo había sido en vano. El rastreo de la propia galaxia dio resultados decepcionantes: mundos estériles o habitados por extrañas criaturas, sin interés para las pretensiones de la Gran Civilización. Habían logrado colonizar su propio sistema planetario, pero no era eso lo que verdaderamente buscaban. Llegaron a sentir la soledad cósmica, sufrir en carne viva lo que se iba tornando en certeza: ¿serían acaso los únicos saurios del Universo?.

La exploración se amplió a otras galaxias. Finalmente visualizaron un pequeño planeta azul que giraba en torno de una mediocre estrella amarilla. Su luz les llegó después que el planeta recorriera tres millones y media veces, su órbita alrededor de ese sol. Los expertos más audaces decían que su estudio podía ofrecer alguna posibilidad de éxito. El entusiasmo cundió con la nueva técnica transcortical que hacía transparentes las rocas sedimentarias: pudieron observar una incontable cantidad de restos fósiles, exactamente iguales a los de sus antepasados. Los más recientes tenían ya 60 millones de años solares de ese planeta. Y después... nada. Frenéticamente revisaron la superficie de sus islas-continentes rodeadas del mar azul. No encontraron vivo uno solo de sus ancestros. Al entusiasmo inicial siguió la más profunda desilusión. Por todas partes pululaba una variedad increíble de seres, algunos parecidos a los que "ellos" tenían en sus viveros: formas bien adaptadas pero claramente inferiores. Como disfrutando del espacio abandonado por los saurios, se multiplicaban animales cubiertos de pelo de apariencia repulsiva. Unos nadaban, otros trepaban a los árboles y la mayoría deambulaba, sin rumbo aparente, sobre sus cuatro patas.

Lo que más retuvo la atención de "ellos", fue esa escena captada en la pantalla, la de la pareja tan parecida a los seres que vivían en los árboles pero que caminaban mirándose tomados de las manos. Había allí algo peculiar que los conmovía; algo tan propio de "ellos" mismos, ¡tan saurio!

"Ellos", como esa pareja, habían caminado juntos en su lejana juventud, cuando se conocieron en la Reserva de Caza donde compartieron, amorosamente, las pequeñas presas que devoraron con deleite. Tiempo después, cuando ella puso los huevos, él la ayudó en su incubación, desechando las bromas de sus colegas que no se tomaban tan en serio el cuidado de las crías. Envejecieron juntos dedicados, devotamente, al gran proyecto cuyo éxito hubiera sido la culminación de sus vidas. Sabían, lúcidamente, que el fracaso era, en cambio, el fin; las viejas tradiciones eran insoslayables. Lamentaban, por supuesto, no ver más a su familia. Pero más que pena, les daba indignación pensar que los sacerdotes levantarían otra vez sus cabezas triunfantes. Dirían seguramente: "Dios nos ha hecho a su imagen y semejanza. Esta es la tierra que Él nos prometió y nuestra raza, única en el Universo, es la elegida para reverenciarlo". Lo peor vendría cuando conocieran los detalles de la exploración del planeta azul. Qué mejor que interpretar el insólito cataclismo que había extinguido allí a sus congéneres, que apelar al castigo divino por alguna culpa aberrante de esos infortunados saurios.

"Ellos", apoyándose en sus colas, tomados de las manos como la extraña pareja, entrelazaron sus largos cuellos con amor y

salieron del observatorio. Comprendían, como viejos saurios científicos, que sus vidas como las de tantos otros, por sus fracasos y a veces también por los éxitos, terminarían en el banquete ritual de los altos funcionarios.

*Mary Leakey descubrió en Laetoli, África oriental, huellas de pisadas de homínidos bípedos (familia del hombre), en cenizas volcánicas fosilizadas de más de tres millones y medio de años de antigüedad.*

## *Imposible e inevitable*

Ese atardecer apacible anticipaba una noche sin demasiados sobresaltos. Descansaba apoyando su velluda y canosa espalda en el tronco caído. A su lado, sobre la hierba, yacía el garrote. Sus dedos jugueteaban, sin propósito, con un manojito de juncos de la cercana orilla. Relajado, pero vigilante, cuando su alerta se atenuaba, percibía un sentimiento de complacencia por el paisaje que ya le era conocido. Desde el amanecer había caminado mucho con sus compañeros recorriendo los límites del territorio. Ese día, la recolección fue abundante y por consiguiente la comida. Ahito y algo somnoliento, recordaba ahora cómo habían llegado a ese paraje muchos días atrás. Encontraron el cauce del arroyo que, al seguirlo, se fue poblando en sus márgenes de densos pastizales y árboles hasta desembocar en el gran lago. En la playa arenosa, cerca de la fresca hierba, el grupo acampó. El sitio ofrecía un seguro reparo, agua y alimento. Allí se quedarían.

Ur también recordaba otras cosas de su vida. Aunque él no lo sabía, ya tenía más de treinta años y su cuerpo no se movía con la destreza y la fuerza de antes. Se daba cuenta que, otros más jóvenes, se le adelantaban en las largas marchas y sobre todo en la carrera. Tenía que admitir que era más débil y torpe que en sus buenos tiempos. Sin embargo, los jóvenes machos que se

sabían más fuertes que Ur, todavía no se atrevían a desafiar su liderazgo; ninguno intentaba quitarle el mejor bocado ni seducir a su compañera. Un leve gruñido o un solo movimiento de sus cejas prominentes, infundían silencio y orden, en el bullicio de la manada.

Las pocas parejas que formaban su grupo, lo reconocían como el más experimentado. Ur nunca se equivocaba al guiarlos hacia los sitios donde podrían alimentarse mejor y encontrar un refugio seguro. Era, si cabe decirlo, el más sabio y eso le garantizaba una vejez que, aunque seguramente breve, sería relativamente tranquila hasta que, algún día, su debilidad le impediría alejarse a tiempo de las garras de esos predadores que siempre merodeaban en las cercanías. Entonces moriría, tal como había visto morir a tantos de sus compañeros. Eso no lo inquietaba demasiado. Sentía que había vivido mucho y que su vida era rica en aventuras y experiencias. Amaba a Agüe, su compañera, que le daba un hijo cada vez que llegaba la época de las lluvias. Sus crías crecían sanas y fuertes y ahora mismo correteaban ruidosamente, jugando con los hijos de las otras parejas. Deseaba poder contarles sus historias, reproducir para ellos los hechos del pasado que ya sólo existían en su memoria. Pero no podía ni sabía cómo hacerlo. Quizá por eso intentaba proceder de la manera más adecuada en cada circunstancia. Los demás lo seguían dócilmente aprendiendo, con avidez, del comportamiento de su líder. Le divertía ver a los más pequeños cómo imitaban hasta el menor de sus gestos.

Con Ur, ese grupo de débiles criaturas tan inermes, frente a sus poderosos adversarios, se transformaba en una sólida estructu-

ra que podía huir y a veces atacar con buena fortuna.

Sólo Erk, un viejo macho solitario, lo inquietaba con sus raras actitudes. Nunca disputó su jefatura pero tenía un extraño ascendiente sobre el grupo. Pasaba la mayor parte de su vida a solas, en silencio. Su pensamiento, si lo tenía, era inescrutable. Su interés parecía concentrarse en cosas que a los demás dejaban indiferentes. Miraba fija y largamente el cielo estrellado, la luna, un árbol retorcido, el cadáver de un animal. Se excitaba a veces gruñendo y bailoteando con gestos de disgusto. Hacía poco encontraron los restos de un venado comido a medias por algún carnicero. Cuando Ur se disponía a morderlo, la mano de Erk se interpuso entre su boca y la carne del animal muerto. Ur pudo entender que ese gesto no era un insólito desafío a su autoridad. Erk no quería que ni él ni nadie comiera del cadáver. Otra vez, hizo un escándalo, cuando intentaban devorar los restos de un monito imprudente que se precipitó desde lo alto del ramaje. Como lo hacía Ur, Erk predicaba con el ejemplo. Sabía elegir las frutas más dulces, los tallos y las hojas más tiernos, las raíces y los tubérculos más sustanciosos. Los huevos de pájaros y reptiles eran sus preferidos, pero nunca salía de la dieta que sus ancestros habían ingerido. Por eso las hembras y algunos jóvenes, vacilaban en aceptar el trozo que les correspondía de la magra cacería, a pesar de ver a Ur deleitado en su apetito y complaciente en el convite.

Pero lo más molesto, lo verdaderamente enojoso de la conducta de Erk, aparecía cuando se abalanzaba sobre las parejas que se acoplaban, placenteramente, de día o de noche, en el campamento. Era un espectáculo grotesco verlo forcejeando entre los

amantes, con el sólo propósito de separarlos, porque como en el caso de la comida, él no pretendía reemplazar al gozador sino impedir el goce.

Ur que era sabio, intentaba comprenderlo: Erk no parecía entender los nuevos tiempos. Todos los animales que ellos veían desde pequeños, se acoplaban de la misma manera: el macho montaba por detrás a la hembra, la penetraba y eyaculaba. La cosa no duraba demasiado y nadie parecía muy complacido. Así era y así había sido siempre. Pero ellos, sólo ellos habían hecho lo que a Ur le parecía un maravilloso descubrimiento. Podían acoplarse de frente: antes y durante el coito, podían acariciarse uno al otro, frotar sus rostros y sus bocas, mirarse tiernamente. Por eso Agüe lo prefería a Ur entre todos los machos y él a ella entre todas las hembras. Erk veía en estos largos devaneos sólo un peligro mortal para el grupo. Ur comprendía que no le faltaba algo de razón. Por eso, él ahora era como los ojos y los oídos del grupo en su puesto de guardia, mientras las parejas se unían despreocupadamente y sus crías jugaban por los alrededores.

En el atardecer los ruidos conocidos de las manadas que abrevaban en el lago, los cantos de los pájaros, los sonidos del campamento, lo fueron adormeciendo. Fue entonces que Ur tuvo la visión o quizás... el sueño.

En la penumbra que avanzaba, oyó un grito de terror y, a continuación, un alarido doloroso que lo estremeció de espanto. Alcanzó a distinguir en un extremo del campamento a un macho joven rodeado de seres que jamás había visto. Le clavaban fierro y ágilmente unos palos aguzados. Luego cargaron el cuer-

po exánime y trotaron más allá de una hondonada. Ur, aterrado, los siguió dejando atrás a los suyos que después del estrépito producido por el miedo, yacían en un silencio mortal. Sobre una loma vio a Erk, erguido, señalando alternativamente al cielo y a los seres que se alejaban. Le impresionó su figura patética, recortada sobre el poniente. Sus lamentos le llegaban a la distancia y parecían significar que lo que acababa de ocurrir era terrible pero necesario: un castigo ejemplar y atroz para ese grupo transgresor de las antiguas costumbres.

Ur, arrastrándose sigilosamente, vio a los seres desconocidos sentarse alrededor de un fuego, una hoguera como las que había visto cerca del volcán o crepitando en los pajonales durante las sequías. Vio como arrojaban el cuerpo entre las llamas y ,después de un rato, cómo lo despedazaban con piedras afiladas y lo comían mientras se dirigían unos a otros emitiendo sonidos nunca oídos antes en la pradera. Eran bípedos como Ur pero más altos y macizos, casi sin pelo en el cuerpo. Sus cabezas voluminosas, de frentes elevadas y rostros achatados, le parecieron de una fealdad repulsiva. Sin embargo, algo había en ellos que le infundía no sólo temor sino también respeto.

En medio de la visión o quizá del sueño supo, súbitamente, como alguna vez al despertar de una pesadilla, que aquel episodio, que ese encuentro, no podía ser real. ¿Era su sueño o era tal vez soñado en el sueño de un inexperto paleoantropólogo moderno?

Supo también, porque Ur era sabio, que ese encuentro inevitable habría de demorar más de un millón de años. Entreabrió los ojos, constató que todo seguía en orden en el ruidoso silencio de la pradera, el bosque y el lago, se rascó la espalda contra el

tronco, apoyó su pequeña cabeza sobre un colchón de hojas y, gruñendo satisfecho, se durmió, esta vez, serenamente.

*Post Scriptum:*

*Con toda probabilidad, Ur no fue tan "sabio" como comprensivo visionario, sin por ello desmerecer sus dotes de liderazgo. En cuanto a Erk, aparece como imagen anticipadora del chamán o exagerando un poco, del monje fanático del Medioevo. El relato es una reconstrucción factible del modo de vida de los primeros australopitecos, incluyendo la "revolución" en la dieta y la sexualidad, que junto con otras adaptaciones exitosas, explican su prolongada existencia y posterior evolución. Estuvieron entre los primeros homínidos y sus restos más antiguos tienen alrededor de cuatro millones de años. Durante casi dos millones de años fueron, hasta donde hoy sabemos, los únicos homínidos que habitaron África. No se los ha encontrado en ningún otro continente; en él se diversificaron en varias especies y algunas poblaciones más avanzadas, hace dos millones más o menos, dieron origen a los primeros Homo (habilis, ergaster y erectus). En esa época coexistieron cuatro, cinco o más especies de homínidos. Los últimos australopitecos desaparecieron hace un millón de años. Su "soledad" pudo durar entonces unos dos millones de años y, por consiguiente, otro tanto pudo demorarse el encuentro, "imposible e inevitable". Situación difícil de imaginar para quienes estamos inmersos en una sociedad de cambios vertiginosos.*

*Pero la realidad de la naturaleza y la sociedad es, según un*

*dicho conocido, mucho más inverosímil y fantástica que la ficción más "loca" de cualquier escritor.*

## *La luciérnaga del Cosmos*

Desde los ventanales contemplaba la desolada meseta patagónica. Hasta la línea del horizonte, el mismo desierto repetido al infinito. Algún matorral, unas ovejas triscando el duro pasto interrumpían la implacable monotonía del paisaje. Presentía hacia el Este el océano y, al poniente, la cordillera. Pero nada atestiguaba esas remotas presencias. Las doscientas antenas parabólicas del Proyecto Arauco, sus platos blanquecinos montados sobre un intrincado sistema de rieles, moviéndose parsimoniosamente eran, a primera vista, un resultado extravagante del ingenio humano. Contrastaban, violentamente, con el ambiente en que se los había levantado. Como las pirámides de Egipto o la Gran Muralla China, desafiaban el buen sentido de sus contemporáneos, impuestas por un poder por encima y al margen del destino de los "hombres pequeños". Sin embargo... este Proyecto estaba al servicio de uno de los sueños de la humanidad.

A Luciano le conmovía el contraste, ejemplo de otros mucho más dramáticos. En este lugar del Sur se encontraba incrustado un fragmento del Norte superdesarrollado. En cambio, el cielo del Sur, por rara compensación que no hacía a la vida de los humanos, era más rico que el del hemisferio Norte. Esa fue la razón para que el Proyecto recalara en estos parajes desolados

después de tensas negociaciones con Australia, el otro competidor posible. Esta región de la Patagonia, alejada de centros urbanos, era ideal por sus condiciones geográficas y meteorológicas para el complejo radioastronómico.

Su objetivo era buscar de manera sistemática señales de inteligencia extraterrestre por el único medio factible: las emisiones de radio y televisión que pudieran detectarse, provenientes de civilizaciones similares o más avanzadas que la terrestre, y situadas más allá del sistema solar hasta los confines de la galaxia. Ahora en 2020, están ya lejanos los "tiempos heroicos" de los intentos iniciales cuando un pequeño núcleo de científicos imaginativos, retomó el viejo sueño al encenderse los primeros radiotelescopios. Por entonces, la incredulidad de los medios académicos y estatales era generalizada. Nadie estaba dispuesto a invertir dinero y el escaso tiempo de esos pocos y preciosos instrumentos, en una búsqueda que para el común de la gente, no se distinguía de las especulaciones esotéricas de quienes a cada paso se encontraban con OVNIS, mensajeros de los dioses o extrañas criaturas en cualquier descampado.

La radioastronomía abrió, a mediados del siglo pasado, una gigantesca ventana al universo que permitió agregar mucha información "escuchando" con esos aparatos, a la que se obtenía explorando las estrellas y las galaxias con los telescopios ópticos de la época. Al comienzo, ocurrieron ciertos hechos que desalentaron los primeros entusiasmos de un fácil encuentro con los mensajes inteligentes, aunque a la postre redundaron en un mayor conocimiento de fenómenos celestes. Ciertas emisiones de radio, por su peculiar carácter, su regularidad aparen-

temente intencional, fueron atribuidas a civilizaciones de la galaxia. Pronto se supo que eran fenómenos naturales de tipo desconocido, lo que condujo, por ejemplo, al descubrimiento de los primeros pulsars.

A pesar de todo se fue ampliando el consenso en cuanto a tomar en serio la cuestión. Algunos radiotelescopios, fueron autorizados para emplear una fracción de su tiempo en programas de búsqueda. Más importante, aún, fue la fabricación de multiespectrómetros para millones de canales de distintas frecuencias .

Al principio, fue literalmente como "buscar una aguja en un pajar". Lo que impulsó decisivamente la búsqueda fue la confirmación, hacia fines del siglo XX, de que una serie de estrellas cercanas, entre ellas algunas similares al Sol, tienen sistemas planetarios orbitando a su alrededor. Era razonable suponer que éste no era un hallazgo "local", porque buena parte de las estrellas de nuestra galaxia son del mismo tipo que el "astro rey". Si la presencia de sistemas planetarios no era una anomalía, sino una regularidad en la evolución de esas estrellas, y si en esos sistemas existían planetas ni demasiado cercanos ni demasiado alejados de sus soles, se pudo sostener la hipótesis de la existencia de un muy elevado número de planetas en condiciones parecidas a las de la Tierra. Deducir de esto la existencia de civilizaciones en la galaxia, era seguir la secuencia lógica del razonamiento. Si las leyes de la naturaleza son las mismas en todo el universo, esta regularidad incluye a los procesos biológicos. La vida pudo surgir en esos planetas como lo hizo en la Tierra y por qué no, también la vida inteligente. Aunque

algunos escépticos de esos que suelen irritar a los necesitados de esperanza, sostienen, no sin fundamento, que si se descarta la intervención divina, el hombre es producto de una serie tan descomunal de hechos azarosos, que resultaría un fenómeno difícilmente repetible.

A comienzos de este siglo, la opinión pasó del descreimiento y los esfuerzos aislados, a aceptar la posibilidad de que los mensajes llegarían: era sólo cuestión de tecnología y... de tiempo. La realización del Proyecto Arauco fue el efecto más notable de este cambio de actitud. Se creó un Centro Internacional que tuvo a su cargo la programación, realización y puesta en marcha del Proyecto. Los países más desarrollados destinaron fondos especiales de sus presupuestos para su financiamiento. La gestión no fue fácil porque las cifras, valga la redundancia, eran astronómicas para un proyecto científico, aunque reducidas si se comparaban con los programas militares. Se reclutó un pequeño ejército de jóvenes y brillantes especialistas: ingenieros, físicos, astrónomos, informáticos, semiólogos, etc. Luciano figuró entre los primeros seleccionados.

No sólo la esperanza había reemplazado a la incredulidad inicial. También se instaló en la sociedad, el temor a la revelación. Por una parte, las religiones, los cultos más diversos, fortalecieron sus tendencias fundamentalistas y apocalípticas y sus expectativas mesiánicas; esta vez con el inesperado sostén del conocimiento científico. Lo que quizás más molestó a los científicos, fue la preocupación por el control de la información por parte de los Estados y las empresas. Se multiplicaban los informes reservados en las oficinas de gobiernos y corporaciones, y

pululaban los agentes e informantes bajo la cobertura de académicos o empleados de mantenimiento. Como el conocimiento había llegado a ser el factor fundamental en el manejo de la sociedad, los Estados y las corporaciones eran conscientes que la posesión de una información que podía hacer que la cultura de la especie humana saltara de golpe por encima de siglos o milenios, era un tesoro invaluable. Quien se lo apropiara, excluyendo a los competidores, tenía garantizado el dominio del planeta.

Finalmente, a pesar de todo, en el 2015 fueron inauguradas las instalaciones. La búsqueda comenzó sistemática y escrupulosamente. Ni el más pequeño rincón del hemisferio austral celeste iba a omitirse. La potencia del complejo podía alcanzar la mayor parte de la galaxia, es decir, muchos millones de estrellas. Cada una sería objeto de observación antes de pasar a la siguiente; una tarea ciclópea y... lenta. Se abarcaban más de mil millones de frecuencias diferentes. Había estrellas tentadoras que ya habían sido, en parte, estudiadas, pero el barrido del Proyecto pretendía igualar a todas para no perder la menor posibilidad de un encuentro. La automatización alcanzó tal nivel que la tarea se cumplía sin intervención humana salvo en el momento de la recepción del mensaje. Las computadoras estaban programadas para mover el complejo de radiotelescopios de una a otra estrella, analizar las emisiones, separar las naturales de las artificiales, decodificar éstas últimas y registrarlas en video, discos e impresoras. Mientras no hubiera mensaje inteligente, las salas de control llenas de equipos parecían inactivas, salvo a los ojos de los expertos que percibían, a través de leves sonidos

y destellos, la intensa "vida interior" que animaba ese imponente cerebro artificial.

Habían transcurrido cinco años y el "cerebro" permanecía mudo: nada inteligible y menos aún inteligente fue registrado. Es verdad que se había barrido una pequeña porción del cielo, pero la máquina no se decidía a hablar el lenguaje de los astros.

Luciano participó en el Proyecto desde su graduación y sabía que no tenía razones para impacientarse. Pero no podía soportar la idea de que los burócratas, que seguían manejando los presupuestos pudieran tener razón y que este enorme esfuerzo, fuera en vano al tener por respuesta el silencio del espacio.

Contemplaba el paisaje patagónico desde los amplios ventanales del edificio central y meditaba recordando hechos que estaban ligados a su propia vida. La monotonía del desierto se fundía al tedio que lo adormecía. Yacía, cómodamente recostado, en uno de los sillones del sobrio salón de estar, anexo a la zona de control. Era imposible imaginar algo más confortable y aburrido. Le tocaba compartir la guardia con su entrañable amigo, el ingeniero inglés de origen griego, Peter Pañis. Estaban solos a cargo del control con un puñado de técnicos que atendían las antenas fuera del edificio.

Ese largo fin de semana, el personal estable había huido del laboratorio. En los supersónicos del aeropuerto cercano se dispersaron por el mundo para encontrarse con familiares y amigos. El lunes temprano, todo volvería al ajetreo habitual. Ahora, en el atardecer interminable del sábado, Luciano dejaba vagar su pensamiento. Algo sorprendido, se encontró preguntándose por qué estaba allí, en ese lugar: ¿cómo se fue delineando

ese destino? A los 33 años era un maduro joven investigador, con una opción de vida que le parecía definitiva. ¿Cómo se había construido ese camino; con qué materiales? El lunes 21, día de la primavera en el hemisferio sur, fue por una repetida y feliz coincidencia, el cumpleaños de su madre. Había charlado largamente con sus padres ese día en la sala de transmisiones. Las imágenes holográficas de alta definición daban la ilusión perfecta de sus presencias. Sin embargo, transcurrida la semana de trabajo, ese viejo sentimiento humano de la nostalgia persistía, incrementado, a pesar de la acción abrumadora de la tecnología. Sus padres eran físicos reconocidos y era notoria la tierna influencia que habían tenido en su vocación; pero Luciano sabía que esa era una explicación demasiado simple. Desde pequeño recordaba cómo le atraían los grandes enigmas del universo. Tenía presente, por ejemplo, aquellas fascinantes visitas a los Museos de Historia Natural y del Aire y el Espacio de Washington. Eso le pasaba a casi todos los niños. Hace muchos años había visto, en un viejo video al entonces director del Laboratorio Fermi de Chicago, decir que al crecer y entrar en el sistema educativo, los niños dejan de preguntar: ¿por qué el cielo es azul?, ¿por qué brillan las estrellas?, ¿por qué son verdes las plantas? Solamente los físicos y los poetas siguen haciéndose esas preguntas toda la vida. Pensó en otras probables influencias: sus voraces lecturas de todo material de ficción y luego científico que cayó en sus manos; la presencia de algún compañero, de algunos maestros y profesores. Sus abuelos, uno médico y el otro abogado, parece que tenían algo de investigadores frustrados. Sus abuelas sensibles, imaginativas, inteligentes, se sentían poco atraídas por la tecnología y sí en cambio

por la literatura. Y qué pensar de la insólita influencia que pudo tener en él, tenaz buscador entre millones de la estrella que le hablara, la tía abuela que toda su vida apostó al mismo número de la lotería.

¿Qué dirían esas inteligencias que perseguía, respecto de las influencias de unos seres sobre otros y de otros enigmas no resueltos por el hombre? Por más que fueran más inteligentes que nosotros, ellos también se devanarían los sesos -o lo que tuvieran en su lugar- con problemas a los que no les habrían encontrado solución.

Algo que ocurría en las salas de control adyacente interrumpió sus adormecidas reflexiones. Se levantó de un salto. En el vano de la puerta, sobre el fondo de los destellos de las pantallas y el ruido de las impresoras, se recortaba la silueta ágil y tensa de su amigo Peter. La expresión de sus ojos fue suficiente. Luciano supo que habían hecho contacto.

Corrían jubilosos y atolondrados de un panel de instrumentos a otro, olvidando por el momento el riguroso entrenamiento que les imponía, como a los astronautas, manejarse con entera serenidad en esos instantes decisivos. Es que, además de la comprensible emoción ante el primer mensaje, estaba ocurriendo un hecho inusitado.

A pesar que el observatorio disponía de una sobreabundancia de medios de recepción y decodificación, lo que en su momento fue cuestionado como una dilapidación de recursos, Luciano y Peter se dieron cuenta de inmediato que la capacidad del instrumental estaba siendo desbordada por el flujo de información. Todos los aparatos funcionaban al unísono pero cada uno

registraba mensajes diferentes. Cuando lograron serenarse, comprendieron que estaban recibiendo los sonidos e imágenes de todo un planeta. Tal como un observador en el espacio, al enfocar la Tierra, recibiría de golpe todas las señales de radio y televisión emitidas por la humanidad.

No existía un código unificado del planeta, de manera que las computadoras traductoras tenían que descifrar una cantidad de "lenguajes" diferentes. Éstos no tenían un propósito explícito de comunicación hacia el exterior y menos aún estaban dirigidos hacia la Tierra. Parecían existir desde antes sin poderse precisar el tiempo transcurrido. Su brusco arranque tenía que ver, simplemente, con el momento en que los radiotelescopios se movieron y enfocaron el campo donde estaba la estrella con su planeta.

Al cabo de dos horas estaban completamente exhaustos. A sabiendas que toda la recepción era escrupulosamente registrada, no pudieron resistir la tentación omnipotente de captar y entender todo al instante. Conocían bien la sensación de hartazgo placentero, de bloqueo para nuevos estímulos que experimentaron a la salida del Louvre de París o del MET de Nueva York. Se concedieron, en actitud cómplice, unos minutos para relajarse, tomar un café e intercambiar sus impresiones. Ya habían comunicado la buena nueva a las autoridades y pronto llegaría el aluvión de colegas y funcionarios a ocupar el Centro de Control. Disponían de poco tiempo de soledad; eran por ahora los únicos dueños del mensaje y, por ende, los "dueños de la Tierra". Se rieron, desde su modestia proverbial, de esa deliciosa fantasía.

Imágenes y sonidos eran obviamente distintos de los terrestres. Sin embargo, los colores y las formas permitían ciertos reconocimientos. Había algo familiar en todo aquello; diferente, es cierto, pero no tanto como para impedir comparaciones. Cielos, paisajes, objetos y seres tenían algún parámetro común con los nuestros. Los seres que parecían más inteligentes, no eran enanitos verdes con tres ojos y tentáculos en la cabeza ni tampoco formas ameboides centelleantes, tal como los humanos suelen imaginar a los extraterrestres.

Diferían de nuestros hombres y mujeres, pero cualquier antropólogo entrenado podría admitirlos como una nueva especie del género *Homo* o de la familia de los homínidos. ¿Sería ésta la prueba de un paralelismo evolutivo a nivel de la galaxia?

Los temas aludidos en las imágenes y los textos de las impresoras, eran muy variados y reflejaban la vida de una sociedad avanzada y compleja, a la vez que contradictoria y conflictiva. Luciano y su amigo podían distinguir, vagamente, entre programas de noticias, documentales, de entretenimiento, políticos, de publicidad y caleidoscópicas imágenes sonoras, expresión quizás de un arte desconocido.

Sin poder captar lo que estaba pasando, intuían un clima de tensión en medio de expresiones sin sentido aparente, discursos airados y despliegues amenazantes.

A las 2 horas, 18 minutos y 15 segundos del comienzo de las transmisiones, éstas se interrumpieron tan abruptamente como habían empezado. Alarmados y confundidos se abalanzaron

sobre los controles de seguimiento estelar, maldiciendo la maquinaria que habituada durante cinco años a moverse de un grupo de estrellas a otro, había dejado de enfocar a la única estrella que ahora les interesaba. La confusión fue mayor al comprobar que la orientación de los radiotelescopios no había variado. Volvieron a enfocar el campo recorriendo con sumo cuidado sus cercanías, efectuaron todos los controles del caso con la esperanza de encontrar algún error técnico, así fuese un vulgar cortocircuito.

Una hora después en la silenciosa penumbra de las salas de control, tuvieron que asumir que, inexplicablemente, la estrella o mejor su planeta, había enmudecido. Entre los últimos registros, rastrearon afanosamente una pista que anticipara el fin de las transmisiones, pero no encontraron el menor indicio. Alimentaron la remota esperanza que el sol eclipsara a su planeta, como pasa con la Tierra respecto de nuestros satélites de comunicaciones, pero otros datos radioastronómicos les hicieron desistir de la hipótesis tranquilizadora.

Agotados y deprimidos abandonaron la infructuosa pesquisa para disponerse a officiar el odioso papel de "Comité de recepción" de los "invasores terráqueos", científicos y funcionarios que llegaban en tropel al edificio central. Al dirigirse hacia la entrada, Luciano se inclinó sobre la última de las impresoras. En el papel, una frase quedó inscripta antes que la máquina se detuviera: "Lo que siempre temimos y nunca creímos posible, acaba de suceder. El departamento de Defensa nos informa que ha estallado la guerra nuclear..."

Luciano escuchó así la voz postrera de una civilización que

**moría.**

**Semanas después llegó la confirmación. Un becario trabajaba cotejando fotografías de uno de los telescopios ópticos en órbita, para una investigación sobre cúmulos estelares. Por puro azar se había fotografiado el área donde estaba la estrella del mensaje durante varias noches sucesivas. En la noche del sábado 26 de septiembre, una estrella de 8<sup>va</sup> magnitud aumentó su brillo hasta la 6', para retomar su característica anterior en las noches subsiguientes.**

**Imperceptible al ojo desnudo del hombre fue, a la distancia, apenas un tenue destello de luciérnaga.**

## *Maite*

La abuela Lucía disfrutaba del día más feliz de la semana sacando a pasear a sus nietas. En su coche traspuso las barreas electrónicas del country y se sumergió en la barriada pakistani en búsqueda de la autopista.

Sus hijos tuvieron una buena idea cuando decidieron vivir más allá del viejo pueblo de Pacheco, y mejor fortuna que algunos de sus amigos que terminaron desesperados en medio de las nuevas poblaciones de hindúes y africanos, que crecían vertiginosamente y tenían una actitud mucho más agresiva.

Ya en la autopista, aceleró rumbo a la antigua capital. Pagó el peaje y entró en La Burbuja. La Buen Aire Corp. que tiempo atrás compró la ciudad, había hecho un buen trabajo. Hacía ya tres años que no volvieron a usar las máscaras con las que tenían que realizar malabarismos cada vez que querían tomar o comer algo. Ahora ni siquiera usaban los módulos purificadores en las casas.

La abuela había armado su propio programa recreativo, pero eran sus nietas las que, en definitiva, iban a decidir qué hacer. Desde que las tuvo, sabía que sus viejos conflictos vocacionales, habían quedado atrás. Sus amigas, tan viejas como ella, pero más "modernas", con frecuencia se burlaban cariñosamente de sus gustos anticuados. Siempre se sintió dividida entre la pasión por la fauna sudamericana y su profundo interés por la

pintura, esa vetusta artesanía que ya no interesaba a casi nadie. Sus nietas le dieron un nuevo sentido a su vida, pero le costaba mucho seguir las en sus preferencias, tan distintas de las que marcaron sus lejanas infancia y adolescencia. Había jugado con muñecas, de aquellas que a veces se encontraban en tiendas de anticuarios. Por eso, le causaba espanto, el amor que sus nietas sentían por ese cachorro que, finalmente, habían logrado que sus padres les regalasen. Como todos sus amiguitos, los abrumaron hasta el hartazgo con sus reclamos. Fueron las últimas en vencer la encarnizada resistencia, cuando la Confederación Asiática logró una vez más sus propósitos y forzó la apertura de la importación. Doblegando la débil oposición de la Administración del Cono Sur, inundó el mercado con esas mascotas, mucho más baratas que las locales y de muy superior calidad. Los padres se quedaron sin el principal argumento y se dieron por vencidos.

Eran clones rigurosamente seleccionados y garantizados; variedades enanas de los grandes ejemplares. Estaban programados para la vida doméstica, carecían por completo de agresividad para sus amos. Poseían gran inteligencia y aptitud para algunas tareas útiles.

De todas maneras, las niñas y sus padres, por tácito acuerdo, no entraban en demasiados detalles frente a la abuela que no podía superar la repulsión por ese animal. Eran indulgentes y comprendían que a ella le resultaría horroroso, por ejemplo, saber de su régimen de comidas. Por suerte, los ratones vivos se los suministraba regularmente un criadero cercano, y la amplitud de la casa, permitía disimular el siniestro ritual.

Para atemperar en alguna medida el rechazo, se les ocurrió dar-

le un nombre que podía ser grato a los oídos de la abuela. Lo bautizaron Maite, por un perro legendario al que nadie había conocido y que por eso mismo, formaba parte de la mitología familiar.

Lo peor del asunto era, que cada vez que salía con las nenas, no encontraba manera de convencerlas de que lo dejaran en casa. Como en los últimos paseos, hoy también estaba allí, sentadito muy tranquilo, en el asiento trasero, entre las niñas que lo acariciaban como si fuera un osito de peluche, mientras cuchicheaban y se reían.

La pobre se autocriticaba diciéndose que eran manías de vieja, un prejuicio vergonzoso para una bióloga graduada en una de las mejores universidades del planeta. Pero no podía suprimir un escalofrío de terror cuando, por el espejo retrovisor, veía a Maite, el pequeño diño, mirándola fijamente. Se estremecía imaginando que sus inteligentes ojos se detenían, malignamente, en su nuca.

En fin, por sus nietas era capaz de cualquier sacrificio, incluso el de salir de paseo con ese monstruo. Con estoicismo se dispuso a cumplir con la primera etapa de la excursión.

Tomó en dirección a los terrenos del viejo Zoológico, transformado ahora en Museo-Vivero Ameghino. Las nenas aceptaban buenamente el rodeo porque, a pesar de aburrirse, sabían que la abuela Lucía disfrutaba mucho al ver a sus queridos gliptodontes, megaterios y macrauchenias. Sentían que allí, eran ellas las que sacaban a pasear a su abuela. Esos enormes mamíferos, bastante lentos y torpes, no les causaban ninguna gracia. Además, era el único sitio en que Maite se ponía algo nervioso, con una mi-

rada torva, abriendo y cerrando sus fauces y emitiendo un extraño silbido.

Al cabo de un buen rato, que a las niñas se les hizo interminable y que a Lucía le pareció un instante, retornaron al coche y se dirigieron hacia el centro.

La segunda parte del programa consistía en viajar por el puente hasta la isla artificial, a mitad de camino de la costa uruguaya, en la que se levantaba el ultramoderno Parque de Diversiones. Entre otros excitantes juegos, podrían viajar por los países y planetas que desearan, con un realismo mayor que si fuesen a esos lugares por sus propios medios. Serían una tarde y una noche muy divertidas.

Antes del cruce, muy cerca del mediodía, subieron a una de las torres vidriadas del gigantesco shopping para comer y descansar. Desde allí se veían las autopistas entrecruzándose en varios niveles, los tubos peatonales transparentes, el bosque frondoso de coníferas y helechos donde pululaba la fauna silvestre y las torres que elevaban su silueta bajo el sol primaveral que La Burbuja tamizaba. Muy cerca, se levantaba el imponente edificio de la Central de Cómputos y Comunicaciones, especie de cerebro que controlaba el funcionamiento de la Administración.

Lucía les explicaba a sus nietas incrédulas que, allí mismo, estaba el centro de la ciudad, donde sus papás la llevaban a los cines, teatros y restaurantes. Casi a modo de disculpa les contó que una vez vieron un film tan viejo como ella que, creía recordar, se llamaba "Parque Jurásico". Aunque ya por entonces, a muchos chicos les gustaban los dinosaurios, ella se llevó un

susto mayúsculo y quizá por eso, nunca le gustaron. El bueno de Maite pagaba las consecuencias de su fobia infantil.

Almorzaron y charlaron tranquilamente. Cuando se disponían a retomar el paseo, un señor de aspecto elegante y cortés, con un portafolio en una de sus manos, pasó muy cerca de su mesa. Se detuvo un instante, se inclinó hacia las niñas y les acarició las cabezas, elogiando su belleza y simpatía con amables palabras de fuerte acento extranjero.

Luego, todo ocurrió vertiginosamente. Apenas el hombre se alejó unos pasos, sus nietas gritaron al unísono: "¡Abuela, el señor se olvidó la valijita debajo de la mesa!". El pequeño dinosaurio, que dormitaba amorosamente apoyado en la pierna de una de las nenas, miró el objeto olvidado. Sus ojos relampaguearon furibundos. En tres saltos, se abalanzó contra la espalda del desconocido, que ya se perdía en la abigarrada multitud del shopping. Con sus garras atenazó un brazo del hombre y saltó para cerrar sus fauces sobre la nuca. El sujeto cayó hacia delante, como un muñeco de trapo, inmovilizado por el terror y sin comprender lo que estaba sucediendo. Cundió el pánico entre la multitud. En un segundo se desencadenó un pandemónium. Sonaban las alarmas, la gente corría en todas direcciones. Surgieron de la nada, guardias con sus armas listas para disparar. Poco después, llegaron los funcionarios, periodistas y camarógrafos.

Al igual que el extraño, tampoco Lucía entendía qué estaba ocurriendo, pero tuvo la certeza que ese día no irían al ansiado Parque de Diversiones. Horas después, de regreso en casa, agotadas y conmovidas, activaron la sala de video holográfico. En el noticiero vieron las imágenes de los tres pequeños héroes de

la jornada: las dos nietas y, como siempre, Maite muy orondo, en medio de ellas.

La voz en off relataba que los tres habían detectado y prevenido un ataque que tenía como objetivo al Centro de Cómputos y Comunicaciones. Se trataba, nada menos, del estallido de un artefacto nuclear oculto en una valija en el shopping cercano. Lo que no se decía, y que nadie supo hasta mucho después, es que existía un acuerdo secreto entre la Confederación Asiática y la Comunidad de Occidente, para poner fin al terrorismo nuclear del Imperio Islámico. Con ese propósito, la Ñipo Biotec.Corp., fue facultada para incorporar a los programas genéticos de los clones de diño enanos, secuencias de detección de sustancias radioactivas y de ataque a sus portadores.

De modo que Maite, además de ser una mascota inofensiva para diversión de los niños, era, al igual que todos sus clones, un sofisticado dispositivo de contrainteligencia militar.

Esa noche, la abuela Lucía tuvo un dulce sueño: estaba otra vez rodeada de sus queridas muñecas y, en medio de ellas, un perrito de gran hocico manchado y largas orejas negras, la miraba con sus melancólicos y tiernos ojos.

## *El siglo de Mariana*

**No te sorprendas, hijo, por lo que voy a contarte. Vengo de una familia acostumbrada a pronunciar discursos en los momentos menos propicios, pero ésta me parece una buena ocasión. Sé que estoy al final de mi camino y he repasado nuestras charlas de los últimos años. Me doy cuenta, un poco avergonzado, que he reiterado hasta el hartazgo -tu hartazgo, porque yo siempre los he gozado- una cantidad de temas más de mi interés que del tuyo. Como contrapartida, he omitido algunos, incluso aquellos sobre los que, en ocasiones, me has preguntado. Yo respondía brevemente, a veces, con un silencio huidizo que no supiste o no quisiste violentar.**

**Un ejemplo es el tema de mi abuela Mariana, sobre la que aporté, en el mejor de los casos, alguna que otra anécdota más o menos pintoresca. Hoy quiero contarte su historia; mejor dicho, lo que supe de ella y aún puedo evocar. Historia que me llegó a través de mi padre, que fue su hijo menor. Ella murió ya muy anciana cuando yo era todavía un niño.**

**Aunque tu bisabuela fue una mujer notable, no quedó registrada en nuestro sistema históricoinformático, sobrecargado por los acontecimientos del siglo XXI. De modo que no tendrás más remedio que aceptar mi falible testimonio oral, pleno de subjetivismo. Sería una parte de la "novela familiar", al decir del venerable Freud. Harás con ella lo que te plazca; mi deseo**

es que por lo menos, quede atesorada en tu memoria.

**Mariana nació hacia fines del siglo XX, pero su vida fue literalmente, la del siglo pasado. Como en las antiguas mitologías, su nombre y su lugar de nacimiento parecen haberla predestinado. Seguramente, sin proponérselo, sus padres le dieron el nombre que para los franceses, desde su Revolución, era el de una mujer legendaria que encarnaba los ideales de Libertad, Igualdad y Fraternidad. Nació en Los Álamos, en una región semidesértica de los Estados Unidos, muy cerca del laboratorio en que ellos trabajaban. Lugar por entonces, de alta tecnología, donde se había creado, cincuenta años antes, la primera bomba atómica.**

**¿Te das cuenta?, por un lado, los ideales más nobles de la humanidad; por otro, el poder y la tecnología que, en sus locas andanzas, pusieron al planeta al borde de su destrucción. Esta terrible contradicción atravesó la vida de tu bisabuela y fue, como bien lo sabés, el conflicto principal del siglo que dejamos atrás.**

**Como te dije, ella, como tantos otros, no pasó a la historia. Sin embargo, existen algunas personas que, si logran vivir lo suficiente, son como réplicas sintéticas de su época. Sus saberes y sus pasiones, sus triunfos y sus fracasos, son los de su tiempo. No se les puede comprender si no se les ubica en él. A la vez, como luces tenues, casi imperceptibles, sus vidas iluminan y ayudan a entender lo que afectó a todos los demás seres humanos.**

**A esta altura, te estarás preguntando qué tiene que ver esta introducción cuasi filosófica, con la vida concreta de tu bisabue-**

la. ¡Bien, ...allá vamos!

Su infancia y adolescencia fueron, al parecer, muy felices. Su formación, no muy académica para los parámetros de entonces. Se interesó en las así llamadas ciencias sociales, un conjunto rudimentario de nociones sobre el hombre y la sociedad. Amaba la naturaleza y llegó a ser una ecóloga destacada. Tenía espíritu aventurero. Siendo muy joven, recorrió muchos países, cuando los viajes no eran tan fáciles como ahora. Estudió en varios centros y, sobre todo, conoció mucha gente y se conmovió con sus sufrimientos.

Quizá te acuerdes de lo que estudiaste cuando eras joven, sobre aquel terrible primer tercio del siglo pasado. Pues bien, allí Mariana comenzó su lucha por la Libertad.

Cuando ella nació, apenas se insinuaban los problemas que hicieron crisis décadas después. Fueron tiempos duros que todos hemos intentado olvidar.

Las convulsiones del mundo globalizado, escaparon de toda posibilidad de regulación. El salvajismo de los cambios bruscos e imprevisibles, hizo entrar en crisis permanente y luego arrasó con las economías y con las estructuras mismas de Estados desarrollados. Las transnacionales -lo más sólido en apariencia del sistema- quebraban, se volatilizaban, cediendo paso a nuevas concentraciones de poder. Ejércitos de narcos, mañosos y fundamentalistas, disputaban abiertamente regiones enteras del planeta.

El terrorismo nuclear provocó catástrofes más o menos localizadas al comienzo. Pronto el Medio Oriente, el centro de Europa y la costa este de América del Norte, fueron zonas radiactivas.

Estos sucesos, y otros que tú conoces, produjeron la creciente resistencia de los sectores más desprotegidos de la humanidad. Tu bisabuela evocaba con nostalgia, su participación, siendo muy joven, en las movilizaciones de protesta hechas a la vieja usanza. Se estaban gestando los primeros núcleos de lo que sería, andando el tiempo, el gran movimiento de la Nueva Conciencia Planetaria. Mariana nunca fue dirigente, pero formó parte como activa militante de esos núcleos fundadores que brotaban por todas partes. La represión era feroz y multifacética, según los momentos y lugares. Enemigos que luchaban entre sí, solían deponer sus antagonismos, para unirse contra la nueva e insólita amenaza. Hubo largos períodos de clandestinidad. Muchos compañeros de Mariana fueron asesinados y ella padeció persecuciones y cárceles.

Siempre recordaba su paso por la Base Penitenciaria Lunar. Con un dejo de irónica tristeza, decía que, al menos, tuvo el privilegio de ver desde la ventana de su celda cómo la Tierra azul se levantaba sobre el desolado horizonte. Fogueada en las luchas, integró comandos especializados en eludir sistemas de control, e interferir y bloquear redes vitales.

La nueva y profunda revolución científica y tecnológica, que comenzó alrededor del 2030, resultó un aliado inesperado. Tú sabes que en los siglos anteriores, el pueblo armado pudo combatir y a veces derrotar a las fuerzas de seguridad y a los ejércitos de línea. Fusil contra fusil, podía llegar a vencer la causa más justa. Después se impuso la tecnología militar de los más poderosos. En una dramática vuelta de la historia, la ciencia y la técnica restablecieron una nueva paridad que, a mediados

del siglo pasado, fue la base material de la lucha por la Igualdad.

Casi toda la vida social, el poder y el conocimiento habían estado atados al dominio de la informática y las comunicaciones. Pero ahora, millones de personas, entraban en los códigos secretos como en su casa. No quedó clave que no pudiera ser violada ni orden que no fuera contradicha. Los poderosos no podían utilizar sus recursos financieros ni bélicos. Se vieron acorralados y finalmente desposeídos. La gente común empezó a cambiar la faz de la Tierra. Los que, como Mariana, sobrevivieron a los años de fuego, encabezaron la reconstrucción. Tu vieron que enfrentar gravísimos problemas de todo tipo: el tejido social estaba roto o seriamente dañado. Muchos pueblos y culturas estaban al borde de su extinción y la relación con la naturaleza se había degradado. La Fraternidad, la necesidad de nuevas relaciones entre las personas y las comunidades, ya no era un imperativo ético, sino una urgencia vital. Una vez más tu bisabuela jugó en esta etapa un significativo papel.

Nunca pudo imaginar, según lo confesado a sus amigos, que en el ocaso de su larga vida, iba a ocuparse del destino de los alemanes y franceses sobrevivientes, que emigraban masivamente hacia las áreas no contaminadas del hemisferio Sur.

Por entonces tuvo a mi padre, cuando ya había pasado los setenta años de edad. Si me preguntas con quién, me veré obligado a contarte un secreto de familia bien guardado. Tu bisabuelo fue en realidad, uno de los primeros genomas de síntesis. De allí, nuestros cabellos rubios y nuestra piel cobriza. El método estaba todavía en una etapa casi experimental, nada que ver con

la rutina biogenética de hoy, pero como observarás, la audacia de Mariana no tenía límites.

Era en verdad modesta, con una especie de pudor que le hacía rehuir la notoriedad pública que, seguramente, merecía. Poseía una rara belleza que los años no afearon y vestía con discreción y originalidad.

En su azarosa existencia alcanzó a tener varias parejas y cuatro hijos. El máximo lujo que se permitió, fue usar, hasta el día de su muerte, un collar de piedras preciosas de Titán que, se decía, le había regalado un amante astronauta, siendo ya una mujer madura.

Ahora hijo, discúlpame, quiero descansar. El viaje y esta conversación-monólogo, me han fatigado. Por favor, despertame cuando entremos en órbita, antes de descender en Ganímedes.

## *El pueblo de Emilia*

Era un pueblo de cuento de hadas con casas pequeñas y de colores, y una alta torre con reloj y campanario. Estaba a orillas de un lago azul rodeado de montañas verdes. En el lago, nadaban y retozaban una infinidad de peces plateados. Nadie había visto tantos en ningún lago de ese mundo.

Toda la gente del lugar intentaba pescarlos, pero era en vano. Los chicos y los viejos se pasaban las horas y los días, con cañas y redes, en un silencioso e inútil ajétreo. Los peces comían satisfechos las carnadas con que los tentaban, pero ninguno mordía los anzuelos ni se dejaba atrapar en las redes. Por eso había tantos.

Emilia, que observaba tranquilamente a los frustrados pescadores, les dijo a sus amigos: "Yo sé cómo sacar a los peces". La miraron incrédulos, porque ella no tenía ni caña ni red. Menos le creyeron cuando vieron que, en lugar de ir hacia la orilla, caminó en dirección a la torre del campanario. Trepó por los empinados escalones hasta lo más alto y allí comenzaron a tañer las campanas. Una simple y dulce melodía bajó hacia el lago. Los peces fueron saliendo de las aguas azules y en ordenada multitud, se tendieron a todo lo largo y ancho de la playa, bajo el sol del atardecer. Los aldeanos, perplejos, abrieron los ojos, pero tuvieron que entrecerrarlos porque el reflejo en los cuer-

**pos de plata era deslumbrante. Entonces, le preguntaron a Emilia.**

**Ella contestó como desde lejos: "Es que la Luna brilla cuando todos los peces salen a tomar sol a la orilla de sus mares".**

## *Futuro en el pasado*

Los hombres más sabios del año 1000, después de penosas travesías en las que algunos murieron, se reunieron en un monasterio-fortaleza en el centro de Europa. Era un puñado de venerables eruditos, casi todos monjes que albergaban en sus cabezas el saber de su época.

Descansaron de sus prolongadas fatigas, comieron con fruición las legumbres y frutas del huerto, se permitieron el lujo de un venado asado que los siervos trajeron desde el bosque cercano y bebieron cerveza hasta, piadosamente, emborracharse. Ninguno pensó en lavarse en el arroyo que corría al pie de los altos muros: era una costumbre bárbara.

Ahitos y relajados, se sentaron en el refectorio después de las oraciones, para iniciar un arduo debate. Tenían todo el tiempo del mundo por delante. Arropados en sus toscas y malolientes vestiduras, se saludaron con afecto y, también, con algo de desconfianza. El calor de hermanos recién encontrados los unía; la sospecha de ocultas herejías los ponía en guardia. Cada uno conocía, desde hacía años, los méritos de los demás por los rumores de peregrinos y mercaderes. Pero nunca se habían visto antes y ninguno sabía en qué medida, la presencia real de sus cofrades, se correspondería con las leyendas que los habían precedido.

Eran de los pocos alfabetos de su tiempo; sin embargo, poco de sus escritos les eran conocidos: las copias tardaban meses en hacerse y, a veces, años en circular entre ciudades o monasterios de relativa importancia. Venían de pueblos muy distintos y distantes que hablaban extrañas lenguas. Afortunadamente, todos eran cristianos y podían dialogar fluidamente en el latín que dominaban.

Sabían del pasado más que sus contemporáneos, lo que no era mucho al fin y al cabo: por ejemplo, que existió un imperio pagano con sede en Roma que por sus propios vicios se había derrumbado. Conocían textos antiguos conservados en algunas abadías. Pero su atención estaba concentrada en sucesos más recientes, como el imperio de Carlomagno y las luchas entre señores feudales. Sus lealtades a esos señores, eran relativas y asimétricas respecto de la autoridad del Papa, que casi todos ellos, investían sin ser sus formales representantes. Con mirada del siglo XX se los podría tomar por un grupo de "intelectuales independientes".

Tenían una aguda conciencia de los peligros que amenazaban a la cristiandad: por el Norte, los normandos, vikingos salvajes; por el Sur, los árabes. Cristo y los paganos, el Bien y el Mal, en lucha terrenal que reflejaba la eterna disputa por los cuerpos y los espíritus entre Dios y el diablo.

En medio de estas cavilaciones se aprontaban al debate. La mesa del convento, de madera pulida por los años, tenía ahora sólo unas jarras de agua fresca y algún botellón de aguardiente que deberían beber, con moderación por acuerdo tácito, para no perder así el hilo de los complejos argumentos, ingrediente natural en las discusiones entre hombres sabios. Ignoraban,

por supuesto, la existencia del té y el café.

El tema del debate era el más engañosamente simple: ¿cómo será el próximo milenio?.

Corría Enero, y entre aliviados y en parte desilusionados, habían dejado atrás la llegada fallida del Apocalipsis que muchos anunciaron. Sabios como eran, no padecieron los temores que invadieron a otros religiosos y laicos. En parte por eso, se disponían confiados a conjeturar sobre el futuro con la solvencia que tienen los que saben que saben.

Sin embargo, habitaba en sus cabezas una duda terrible: ¿no estarían con una soberbia condenable, queriendo adivinar los designios de Dios?. Éste era, si cabe, el único pensamiento herético que estos buenos cristianos se permitían en la ocasión. El que escribe estas líneas debe advertir a sus lectores que fue testigo presencial del debate. No pregunten cómo ni por qué. Estoy tan perplejo como ustedes. Lo que en realidad deseaba era estar en el debate en la Academia de Prehistoria que tendría lugar en el año 3000. Quizá por una broma del destino, en lugar de ir mil años adelante, fue confinado mil años atrás (si es que tiene algún sentido esta arbitraria linealidad).

Se supone que al estar presente debería dar testimonio de lo acontecido. No pretendan un relato fiel. Es obvio que, por entonces, no había registros técnicos de clase alguna ni siquiera libros de actas. Cualquier tema podía desarrollarse en semanas, meses. Las intervenciones tendían a ser largos discursos, sostenidos en extensas citas y comentarios de y sobre autoridades, supuestamente competentes. En algún momento, brillaba el destello de una idea original entre el aluvión de frases super-

fluas, redundantes. Convengamos que mil años después, cualquiera de mis lectores que haya pasado por medios académicos o políticos, posee una experiencia semejante. Así que "a buen entendedor, pocas palabras bastan".

Intentando asumir el oficio de un periodista moderno, trataré de recuperar las ideas interesantes sobre las que existió mayor consenso.

Un acuerdo básico era que si había un Dios único en el Cielo, advendría un único poder en la Tierra. La discrepancia se produjo en torno a si ese poder estará encarnado en un Papa o en un Emperador o, tal vez, en una figura que conjugara ambas instancias.

El dominio de la cristiandad se extenderá sobre toda la tierra conocida y por conocer. Los herejes, paganos e idólatras, serán convertidos o aniquilados. Por supuesto, se recuperarán definitivamente el Santo Sepulcro y las tierras ganadas por el Islam. Se resolverá la cuestión de los seres de apariencia semihumana en África y Asia; sobre todo, si son o no hombres dotados por el Señor de alma inmortal.

Los príncipes, bajo la Suprema Autoridad, enviarán expediciones militares acompañadas de sacerdotes y eruditos para conocer aquello que pudiera ser de provecho para el Occidente, impidiendo a la vez el contagio de ideas y prácticas paganas.

Las luchas entre señores ambiciosos cesarán, dando lugar al largo reinado de la paz entre los hombres.

Los ejércitos del Emperador-Papa, mantendrán el orden en ciudades y campos limpiando de bandidos los caminos, y los siervos construirán rutas nuevas, reparando las que están arrui-

nadas, hechas por los romanos. El tráfico de gentes, bestias y carruajes, será seguro y rápido. Podrá viajar por ejemplo, entre Bretaña y el principado de Kiev en sólo uno o dos meses.

Se levantarán enormes iglesias y también palacios en nuevas y grandes ciudades. Córdoba, orgullo del infiel, no será la ciudad más grande de la tierra en un futuro próximo.

En monasterios y conventos se crearán grandes colegios donde jóvenes piadosos, estudiarán todo el conocimiento acerca de Dios, el hombre y la naturaleza, privilegiando las Sagradas Escrituras, su exégesis y comentario. Los sabios, con actitud tolerante, vaticinaron la lectura de los textos de los antiguos y los infieles, expurgados previamente por la autoridad competente, ante la posibilidad de encontrar algún resto de verdad en medio de tanta mala fe e ignorancia.

Las artes y oficios recuperarán su esplendor. Alfareros, herreros, vidrieros entre otros, trabajarán nuevos materiales. El fino y resistente acero, reemplazará al hierro toscamente forjado. Las artes mecánicas, con sus poleas y engranajes, facilitarán el trabajo de peones y artesanos.

Las artes bélicas se perfeccionarán: potentes catapultas, altas torres de asedio y ballestas que arrojarán lluvias de flechas, tornarán obsoletas las murallas. El fuego usado con ingenio será un aliado valioso en las batallas.

Florecerá el comercio: los mercaderes llevarán los productos a los confines del mundo. Grandes barcos, mejores que los de los normandos, surcarán ríos y mares. Se aprovechará mejor la fuerza de los vientos y las aguas. Velas, molinos y canales, serán parte de cualquier paisaje.

**Las selvas, refugio de alimañas, cederán ante los campos de cultivos y pastoreo.**

**Los desheredados de la tierra comerán de las generosas mesas de los príncipes. Los hambrientos y sedientos, serán hartos y saciados. Los campesinos serán cuidados y protegidos por sus amos y trabajarán de sol a sol, alegremente.**

**Las mujeres y los niños temerán y respetarán a esposos y padres, como todos lo harán con Dios y el Emperador-Papa.**

**Nada más cambiará en la Tierra y los Cielos incorruptibles, desde donde los ángeles verán que los hombres marchen por la buena senda.**

**Un punto delicado del debate fue si el triunfo de Cristo en el 2000, será resultado de una nueva llegada del Mesías o, simplemente, producto de la potencia de la Fe.**

**Sobre el final, un anciano y severo monje, hasta ese momento parco en el debate, dijo: "Os dejáis llevar por vuestro entusiasmo, más que por la prudencia que aconseja la sabiduría y el magisterio de la Iglesia. El hombre ha pecado y es pecador contumaz. Los males que nos rodean y habitan, puede que no tengan remedio. Si las potencias infernales prosperan, la Ira de Dios -y que Él perdone mi atrevimiento- enviará sobre la Tierra otro Diluvio, ya no de agua sino de fuego. Entonces para el 2000 la tierra se secará, las selvas y los campos se tornarán desiertos; nuevas plagas diezmarán a los hombres. Y un nuevo fuego, como un Sol ardiente, quemará todos los seres vivos, salvo los pocos elegidos por el Señor."**

**Se hizo un largo silencio ante tan terrible vaticinio. El anciano supo despertar las dudas que los demás habían silenciado. ¿Y si**

tuviera razón y su visión fuese más certera? Callaron ensimismados. El más joven y audaz, rompió el pesado clima al decir con un dejo de humor: "Sin embargo, yo estoy seguro que en el año 2000, todos los hombres comerán carne asada a la luz de velas, tal como nosotros lo hemos hecho en este feliz encuentro". Los sabios sonrieron aliviados y agradecidos por la oportuna ocurrencia.

A pesar de las discrepancias, concluyeron la reunión con la satisfacción de haber culminado, cabalmente, la tarea que asumieron.

Se separaron, cordialmente, rumbo a sus diferentes destinos. Antes de partir, se conjuraron a interceder ante sus príncipes y obispos, para ayudar a materializar sus sueños compartidos.

No ha quedado recuerdo ni constancia alguna de esta reunión, paradójicamente, memorable. No se encuentra ningún documento escrito por sus protagonistas, tal vez por un razonable temor a que los poderes eclesiásticos o temporales, tomarán a mal algunas de las que suponían atrevidas anticipaciones.

Lo que no pudieron imaginar estos santos varones era que, mil años después, los futurólogos del 2000 iban a reiterar su inspirada y patética tentativa.

*Enero del año 2000.*

## *¿Qué hacer?*

Mario se agachó al lado de su hermano, levantó unas tablas del piso y sacó del escondite su arma láser. Rubén, que estaba enchufado a la PC, miró de reojo y no pudo contenerse. "¡Otra vez!" dijo. Su tono -y Mario lo sabía- era una mezcla de ruego y de crítica. "No me rompas", lo frenó, y agregó sarcástico: "Cada uno se entretiene con su juguete preferido".

"Con el mío, no mato a nadie ni me matan", respondió torpemente y sin mucha convicción.

Mario lo abarajó en el aire: "Vos siempre sos el mismo boludo idealista. A vos, como sigás así con tus mails, te van a hacer mierda antes que a mí". Y agregó casi con envidia: "O acaso no sabés que sos más peligroso que yo. A mí me van a boletear por asaltar un camión o un banco. A vos te van a crucificar por hacker subversivo y terrorista. La única diferencia es que yo saldré en la página de policiales y vos en la de política internacional".

Mario era un maestro de la ironía y el humor negro; hasta se levantaba minas con ese recurso. Rubén sabía que no podía emularlo.

Eran hermanos entrañables y sin embargo no podían ser más distintos en sus caracteres. En cuanto a sus ideas, sin pensar igual, compartían los mismos valores. Los dos eran como los productos de más calidad que la villa había podido producir.

De chicos, nada pareció distinguirlos de sus compañeros. Mario era algo más transgresor y alegre; Rubén, más reconcentrado y tristón.

Nunca conocieron a su padre ...o a sus padres, porque la diferencia física era mucho más llamativa que la del carácter. Rubén parecía sueco mientras que Mario -decían sus compinches- "se había escapado de una toldería mapuche". La madre murió al año de nacer Mario, así que se criaron con las vecinas. Rubén era apenas un año mayor, por lo que tampoco tenía el menor recuerdo de su vieja. La "guardería" la pasaron pidiendo unas monedas o comida por los bares y las veredas del barrio cercano. La "primaria" la hicieron ayudando a un viejo cartonero que casi no podía subirse al carro. Entraron en la "secundaria" el día del primer afano, de los primeros arrebatos. Se recibieron de bachilleres cuando uno de la pesada les pasó los primeros fierros. Ahora se podía decir que se había graduado en la "universidad" de la villa. Pero en todos esos años, habían pasado muchas cosas y las carreras que habían "elegido" eran muy diferentes.

Desde que nacieron, a principios del siglo, habían sobrevivido milagrosamente a toda clase de privaciones y de violencias.

Mario, que tenía pasta de líder, se fue asumiendo como un bandidero popular, un Robin Hood de los excluidos, que siempre zafaba de las persecuciones y ponía en jaque a los gendarmes cuando se atrevían a pasar la vigilancia electrónica de la villa. Rubén siempre lo acompañó, aunque, en los últimos tiempos, lo hacía más por cábala, porque sentía que estando a su lado, de alguna manera lo protegía. Pero habían dejado atrás el 2025 y Rubén se fue convenciendo que, por ese camino, no iban a nin-

guna parte.

Rubén era, en serio, un caso raro. Nadie sabía -él tampoco- cómo se fue volviendo un tipo culto. La cuestión venía de lejos. Las vecinas se reían, viéndolo desde muy chico, deletreando los papeles de diario que los otros usaban no precisamente con fines intelectuales.

Después, comenzó a rastrear toda clase de libros entre la basura de la quema. Gracias al cartonero, acumuló una verdadera biblioteca. Pero el gran cambio fue cuando, en un escruche, se levantaron una PC. Mario lo puteaba porque quería llevarse el equipo de audio. Finalmente aceptó la idea de Rubén, no porque la entendiera, sino porque lo quería.

Instaló la máquina con la ayuda de un técnico desocupado, en una casilla que supuso a resguardo de visitas y miradas indiscretas.

Rubén se colgó de la red y comenzó a navegar torpe y tímidamente. Pronto se apasionó al advertir que un mundo de posibilidades se abría para él. Su talento natural y su estrafalaria formación villera, eran un suelo fértil en el que se apoyó para el "gran salto" o mejor, los dos saltos decisivos en su vida.

Pasando por alto algunos "detalles" de un complejo proceso, el resultado del primer salto fueron sus tesis de doctorado on-line, en economía y sociología de Harvard y Nanterre.

El segundo salto, fue en realidad un difícil y riesgoso camino que lo llevó a un lugar en la dirección colectiva del vasto movimiento internacional de los excluidos.

Ese día que Mario buscó el arma, venía precedido de señales preocupantes. El Sistema había agotado su limitada disposición negociadora. El sabotaje sistemático a las redes vitales,

junto con la proliferación de movilizaciones masivas, hicieron que su mezquina tolerancia se esfumara. Informes reservados anunciaban una inminente represión en gran escala.

Rubén, desde tiempo atrás, venía aconsejando que se bajara el nivel de confrontación, porque no estaban dadas, todavía, las condiciones de lograr un desenlace favorable. Su punto de vista le acarreó no pocos problemas entre sus mejores amigos, aunque nadie puso en duda la buena fe de su planteo.

Los compañeros insistieron en que los dos hermanos debían cambiar de vivienda. Ambos estaban identificados y eran un blanco fácil. Serían de los primeros en ser "neutralizados". Ellos, sin embargo, se resistieron, locamente, a abandonar el lugar en que, para bien y para mal, se tejió la urdimbre de sus vidas.

Después que Mario se fue, el día pareció transcurrir sin incidentes. Rubén se alarmó al leer en pantalla que, en varias ciudades de Europa y América, se estaban produciendo operativos simultáneos.

Un ruido inusual de motores lo distrajo y puso en alerta. Casi enseguida, una serie de explosiones hizo evidente el ataque masivo por tierra y aire.

Rubén sabía desde hacia mucho que ese lugar, no era más que uno de tantos en los que se dirimía un conflicto, una lucha planetaria. Sin embargo, lo primero que sintió fue -como siempre- temor por la vida de su hermano. No creía que su preocupación fuera excesiva, desde que Mario era el encargado de dirigir la autodefensa.

Cuando, unos pocos minutos después, los compañeros entraron

**cargando el cuerpo ensangrentado y lo depositaron suavemente en el suelo, Rubén se conmovió terriblemente frente a algo tan previsible y, a la vez, inesperado. Descubrió tardíamente que Mario fue siempre el que lo cuidaba y no a la inversa como él creía.**

**También, evocó una vieja historia de dos revolucionarios, uno de los cuales fue ahorcado por intentar matar al zar. El otro, que pensó que ése no era el camino, durante años reflexionó y se preguntó: ¿qué hacer?**

**Rubén sólo tuvo unos segundos para hacerse otra vez la misma pregunta, justo antes que estallara el misil.**

## *Poemas*

## *Narciso*

A veces, de tanto en tanto, raramente  
mi mano dibuja la paloma de Picasso;  
invento silbando entre dientes la Novena;  
le discuto a Einstein sus frágiles creencias;  
me brota una metáfora  
que a Neruda pone verde  
y soy feliz... por un instante.

## *Prometeo*

Quiero robar el fuego a los dioses  
pero Dios ha muerto y  
han apagado el fuego.  
Entonces sólo queda  
juntar la voluntad y la paciencia,  
saber que todo sirve  
si de un buen propósito se trata.  
Busquemos ramas secas,  
papeles escritos hace tiempo  
y también la hojarasca,

separemos el lodo y en tierra firme  
hagamos con las manos  
una precaria cuna  
para la naciente fuerza.  
Tomemos firmemente ásperas piedras.  
al chocarlas saltará una chispa;  
hay que saber y soportar  
que la primera nunca basta.  
Es necesario un torrente luminoso  
porque muchas rebeldes y fugaces  
a otros rumbos vuelan.  
Y ahora sí viene lo importante:  
hay que convocar al aire  
pero no,  
al viento del planeta;  
al que surge de las calladas bocas,  
el que apaga velas en cumpleaños,  
el que acompaña los versos del poeta,  
el grito de dolor y el clamor por la injusticia  
y la palabra prudente de los sabios;  
el que insufla vida en el cuerpo del ahogado,  
y el que dicen, los que creen, que es el alma  
que de los muertos se aleja.  
Soplando todos juntos  
sobre aquellos pobres materiales,  
aparecerá más temprana que tarde  
otra vez la llama  
y se encenderá la hoguera.

## *Me expongo*

**Me expongo ante ti,  
amada amiga amante,  
prudente temeraria,  
picara sabia,  
fuente de placer y vida.  
Me expongo ante ti;  
niño vacilante y viejo entristecido,  
carne herida, idea clandestina,  
trozo humano, anhelo sibilante,  
corazón desordenado, memoria atormentada.  
Ante otros -oh narciso implacable-,  
no sé si me merecen.**

## *Pacto fáustico*

Cuando tenía medio siglo por delante  
soñaba mi propio pacto fáustico:  
regalaba veinte años de mi futura vida  
por un atardecer con mis prójimos  
del año tres mil,  
conversando y escuchando sus historias.  
Hoy me he tornado avaro:  
hago el trueque de una noche de insomnio  
por un atardecer con mis abuelos.

## *El pescador y el ánfora*

**Pescador hambriento  
del deseo y la ternura,  
tiro mis redes  
y aguardo paciente.  
A veces, un destello de plata  
me enceguece.  
Cuando recupero la mirada,  
un ánfora que el mar me envía,  
yace a mis pies, vacía.**

## *Oro devaluado*

La mitad de mis ancestros  
bien podrían ser marranos:  
esos desesperados judíos españoles  
que cambiaron sus nombres  
para quedarse en su Sefarad amado.  
Intentando burlar la Inquisición;  
a muchos les costó la vida.  
Mis antepasados de seguro,  
tan desesperados como sus cofrades,  
dieron cabal muestra de ingenio  
y de astucia temeraria:  
cambiaron su Shalom originario  
por el Paz insospechable.  
Los "buenos" monjes inquisitoriales  
tal vez nunca se enteraron  
lo que hace poco supe de mi nombre:  
en hebreo, el castizo Paz  
quiere decir "oro fino": ¡nada menos!.  
Y aquí me tienen, atravesado  
por el medioevo, la modernidad  
y el capital globalizado;  
haciendo patético equilibrio  
montado en un corcel desorbitado  
entre mundos, culturas, tradiciones,  
con mi compleja y precaria identidad  
que, por si fuera poco,  
las leyes del mercado han devaluado.

## *Bien educado*

He sido bien educado  
e intento no ver  
y si veo, disimulo. Sin embargo,  
la estupidez se pasea  
lo más oronda por mi casa  
si cometo el humano error  
de abrir el diario o ver  
en TV algún programa.

Pero, amigos, convengamos  
que el acoso es formidable,  
no de milicos genocidas,  
se trata de economistas y políticos  
e incluso de filósofos franceses  
(ah... ¿a usted también le pasa?)  
¿Qué recurso me queda,  
más que irme a la galaxia  
o buscar refugio  
en el pubis que deseo  
y en el corazón de quien me ama.?

La otra es salir a combatir  
desempolvando viejas armas:  
el difícil sentido común, ¡a crítica,  
las apacibles ganas  
de vivir con mi prójimo  
aventuras solidarias.

## *Azul y el viaje*

**Azul profundo me corona  
gris es el paisaje,  
a mis pies, la tierra negra.  
¿Cómo no sentirse fascinado?  
¿cómo no creer que mi alma vuela  
en el preciso instante en que abandona  
mi cuerpo inerte, desalentado?  
Yo, incrédulo incurable,  
no me quedo a esperar  
el improbable viaje.  
Ahora, ahora mismo parto  
rumbo a las estrellas  
con mi cuaderno de notas y un lápiz.  
Quizás haga una primera pausa  
en Sirio o Achernar.  
Voy en busca de nuevos horizontes,  
¿qué vieja suena esta frase!  
Buscaré nietzchianos ultrahombres;  
espero no encontrar primates engreídos  
de esos que me abrumen en la Tierra.**

## *Realidad virtual*

A muchos no nos complace demasiado  
esta realidad virtual.  
Andamos perplejos, confundidos, inseguros.  
Opino, por supuesto globalmente, en general.  
Hay que bancarse esta nueva era;  
habrá que tener mucha flexibilidad.  
Dicen que estamos "en red",  
no estoy seguro si atrapados u "on line".  
Sin embargo, el asunto tiene sus ventajas:  
veo en el canal gallego lo que pasa en Senegal;  
qué importa que no conozca a mi vecino  
si me fascinan los fuegos de artificio en Bagdad.  
Lo que en verdad me frustra  
es no ver a Bill y Mónica en el momento fatal.  
Para qué hablar tanto de algo  
que no apreciamos en tiempo real.  
¿Por qué la sangre y los cuerpos destrozados  
y no una relación que dicen que no es sexual?  
A mi modo me protejo:  
desenchufo la TV, los aparatos  
y café por medio, me voy a fantasear.

# *Refugio*

Necesito anclar una palabra  
sostener un gesto  
ratificarme,  
antes que el viento me despeine  
y me arrastre la marejada.  
Necesito sólo dudas razonables  
porque la incertidumbre me acorrala.  
Yo vengo de pisar en suelo firme,  
que cambió en marisma y en pantano;  
las rocas quedaron lejos; el horizonte, aún más.  
Vagabundeo curioso, azorado.  
Alrededor se hunden las certezas.  
No advierto señales;  
sólo escucho lamentos desordenados.  
Dentro, muy dentro, duramente,  
con viejos materiales  
construyo mi refugio,  
que deseo habitar acompañado.

## *Soledad*

La soledad es un pozo sin sentido,  
nada bueno me suscita  
una noche sin amanecer,  
una mesa patas para arriba.  
No sé de la creación en el silencio,  
esa solemnidad vacía;  
tampoco en el ruido ni en la muchedumbre.  
Necesito, exijo el diálogo fecundo,  
hermanado en disputas agridulces,  
construir fortalezas con pensamientos débiles,  
agredir certezas, establecer las dudas,  
legitimar vacilaciones sin vergüenzas,  
descubrir lo nuevo entre la escoria envejecida,  
-lo nuevo para mí; ¡qué pena  
que no es lo nuevo para el mundo !-  
recorrer por vez primera caminos transitados,  
mano en mano, hombro con hombro  
y las voces compartidas.

## *Tengo ganas*

Físicos y poetas se preguntan  
lo que sensatos adultos  
hemos hecho olvidar a los niños:  
¿por qué es azul el cielo?; ¿por qué el fuego nos quema  
¿por qué brilla el sol y las flores perfuman el aire?,  
¿y la noche y el día? ¿ y adonde fueron las estrellas?.  
Yo ni físico ni poeta, más bien niño viejo,  
me adormezco en esas fantasías.  
Todavía ando en triciclo por anillos saturnales,  
juego a las bolitas con los asteroides  
y al dinenti entre las piedras de Marte.  
Espero,espero... una voz que nos llegue del espacio.  
Eso sí, nada de hombrecitos verdes  
ni de platos que no estén en una mesa bien servida.  
No quiero pensar juiciosamente en el futuro,  
pero sí me deliro, me asusto y me esperanzo.  
Desprecio el culto de las redes informáticas  
que me llevan sin sentido, a cualquier parte  
y quieren que me olvide del amor  
que cosquillea y duele en mi costado.  
Prefiero navegar por mundos  
impensados e impensables,  
abrazarme con prójimos galácticos  
y en un joven y lejano planeta,  
contemplar diez lunas en el cielo verde,  
desde mi colina de alabastro.

## *Bufanda para el frío y la tristeza*

Qué mal me suena la palabra:  
convoca al sobreprotector afecto  
o peor aún, al aire helado del crudo invierno.  
Sin embargo, qué desamparados  
nos sentimos sin su ayuda  
con nuestros desnudos cuellos.  
¿ Y qué de las garzas y los pobres cisnes?  
Extraño la calidez de donde venga,  
del fuego, el sol, el amor, la mano amiga  
y también del discurso encendido  
del arrebato juvenil y la pasión ardiente.  
Extraño el calor  
de *mi* nieto en mis rodillas  
y también tu mirada y tu aliento  
y sobre todo extraño  
la tibia luz de la esperanza.

## *Corazón blindado*

"Llueve sobre la ciudad  
como llueve sobre mi corazón" dijo el poeta.  
Se me ocurre que el mío está blindado  
como la rosa de González Tuñón.  
Conviene aclarar poéticamente  
de qué corazón estoy hablando:  
mi "noble viscera" hace más de veinte años  
late sin ton ni son, a tontas y locas.  
Pasado el susto que duró bastante  
comprendí que sabiamente  
se había puesto al compás de nuestro tiempo.  
Me complace saber que la teoría  
del determinismo caótico no es absurda;  
que soy un concreto portador  
de un desorden que puede ser creativo.  
El otro corazón, el del amor y los afectos,  
se armó de un blindaje selectivo,  
innovación en tecnología de los sentimientos.  
Es permeable a la mínima emoción,  
transparente a una atenta mirada,  
lo atraviesan las alegrías y dolores de mi gente.  
Pero se torna más que acero, de titanio  
frente al fanatismo, la crueldad,  
la estupidez y el lucro.

Me apuro a escribir estos versos  
porque cualquier mañana me despierto  
con un nuevo corazón de plástico.

*(Tarde de lluvia en mi ciudi*

## *Inspiración*

Tengo una inspiración que me enloquece:  
yo la espero sentado en la puerta de mi casa  
y ella, a propósito, va por la vereda de enfrente.  
Después, seductora, de golpe aparece  
cuando no tengo a mi alcance con qué escribir.  
En el peor momento, en el baño me acomete.  
Salgo corriendo enredándome los pantalones  
entre las piernas tembleques;  
cuando llego a mi escritorio... se desvanece.  
Intento reanimarla con viejos trucos;  
no responde a cachetadas ni caricias;  
muerta parece.

¿Estará dormida o entró en coma?  
¡No me abandones!, grito inútilmente.  
Sé o más bien intuyo que ha de volver  
pero, ¿cuándo?. Ella, arbitraria, independiente,  
histérica o quizás algo melancólica,  
creo que con algún mejor amante se entromete.  
Lo dicho: me enloquece.

Lo peor ocurre alguna noche, whisky por medio,  
cuando se sienta junto a mí y complaciente parece;  
porque entonces, cuando creo que estoy por escribir  
mi mejor obra, sólo se me ocurren... boludeces.

## *La cita*

La verdad es que Marte siempre me pareció  
un buen lugar para el encuentro.  
Toda la vida soñé con hacer el amor  
en una playa desierta o un atardecer en el Sahara,  
y Marte es toda arena y toda playa.  
(¿Qué falta nos hace el mar?).  
En el cráter de un meteorito nos ocultaremos,  
para rehuir la mirada perversa  
de astrónomos y astronautas voyeuristas.  
Eso sí, tendremos que buscar con precisión,  
el momento exacto entre el punto de cocción  
y el de congelamiento.

Pero, pensándolo mejor, qué necesidad tengo  
de repetir aquí una aventura terrestre,  
si puedo esperar que llegue  
de una luna de Saturno mi otra amante.

## *Amor milimétrico*

**Nuestro amor no es un viaje transoceánico  
hacia playas exóticas e ignotos puertos;  
no vamos abrazados en la borda del Titanic,  
presintiendo oscuramente la tragedia,  
ni en un velero rumbo al paraíso.  
Nuestro amor es milimétrico:  
como hormigas inquietas nos movemos,  
nos tocamos, olemos y miramos,  
veloces pero sin prisa, sigilosamente.  
Una piedrita cambia nuestra marcha,  
una brizna de hierba nos sorprende,  
ese caracol resulta inmenso,  
el olor de un pétalo nos embriaga  
y la sombra de una hoja nos detiene.  
Sabemos que el universo se está expandiendo  
y que la tierra es infinita  
pero tenemos la aparente humildad de los pequeños  
porque cada uno es un mundo  
y los dos, una constelación en movimiento.**

## *Viaje al desencanto*

Me equivoqué cuando te dije  
vamos a amarnos a las islas  
porque te fuiste con otro,  
con el que no quiero ser contigo.  
Te fuiste o tal vez quedaste  
resentida esperando mi regreso.  
El viento del desierto cegó mis ojos,  
embarró mi boca, clausuró mi pecho,  
negó la luz, el mar y la montaña.  
Mientras tanto anduve perdido  
buscándome sin encontrarte.  
Nos fuimos separando, separados.  
Esos implacables debieron irse juntos  
más allá del horizonte helado  
con sus quejas, sus silencios, sus agravios  
y dejarnos acá solos en paz,  
mano en mano, boca a boca,  
cuerpo en cuerpo  
bajo el sol rotundo y la luna clara.

## *Crónica de ayer*

Adiós nos hemos dicho  
y el deseo se burla de nosotros:  
tus pezones enhiestos  
y el sobresalto de mi vientre  
nos convoca y nos delata.  
Después viene lo que sobra  
o nos falta:  
las miradas que se cruzan,  
las palabras que habitamos.  
Después el hielo que arde  
en el ámbar de los vasos  
y la mesa que pretende  
lo imposible en separarnos.  
Después mi brazo en tu brazo,  
en tu hombro y tu cintura.  
Después el encuentro repetido  
y virginal sin embargo:  
la sorpresa inenarrable  
de los cuerpos enlazados  
y los humores compartidos  
-no los malos de las peleas vanas-  
las palabras soeces  
cargadas de poesía,  
las quejas y murmullos,  
los gritos de alegría,  
los espasmos sin dolor  
y los descansos sin fatiga.  
Después, después quién sabe,  
porque hay de nuevo  
temores y esperanzas.

## *Pornopoemas*

Trepo la ladera vertiginosa,  
alpinista del deseo,  
mis manos recorren  
la ardiente geografía,  
el paisaje se abre ante mis ojos,  
apoyo la frente fatigada  
en la hierba anochecida,  
desciendo al valle púrpura,  
sumerjo mi boca en la húmeda fragancia,  
mi lengua imperiosa la penetra  
dulcemente  
y el temblor nos sorprende  
adormecidos.

Para cuando estés sola  
no te olvides  
cuando tus manos atrevidas,  
tus rítmicas mejillas,  
tu boca sabia,  
me hacen morir entre quejidos,  
renaciendo.

## *Los hombres y mujeres de mi generación*

Los hombres y mujeres de mi generación  
atrasamos todas las victorias y todas las derrotas,  
todas las esperanzas y todos los duelos.  
La infancia se nos fue entre las bolitas y el fraude,  
el balero y la crisis; el potrero y la cana,  
la casita de muñecas, el desalojo  
y la tristeza de los vecinos sin trabajo.  
Después, nos pusimos "los largos" y ellas dejaron los zoquetes  
y embobados descubrimos sus rodillas y los senos incipientes.  
Los hombres y mujeres de mi generación  
por entonces comenzamos a "politizarnos":  
mamamos el progreso, la ciencia, el socialismo.  
Fuimos por diversos cauces, compañeros separados.  
Muchos tuvimos en la oligarquía y el fascismo,  
el primer serio enemigo de la vida.  
Mientras tanto, el tango convocaba los primeros encuentros.  
Plagiábamos versos de Neruda para seducir muchachas;  
los zaguanes y las calles a oscuras  
eran los lugares de las primeras audacias.  
Las mesas del café discepoliano  
fueron escuela de altos estudios  
que a menudo se prolongaron en pabellones carcelarios.  
Obreros y estudiantes también admitieron  
a hijos "esclarecidos" de nuestra fenecida burguesía.  
La fábrica, el barrio, la facultad  
fueron ámbitos concretos de nuestros sueños.  
La guerra en España y luego en el mundo  
nos unió como hermanos en la sangre.  
El peronismo nos enfrentó cruelmente  
con o sin razón; todavía está por verse.  
Pero todos peleábamos  
contra la injusticia y la desigualdad que nos rodeaba.

Y después, los milicos otra vez, se encargaron de juntarnos  
en la clandestinidad, el exilio y la muerte.  
Unos pocos recalaron en Oxford o París;  
muchos, en laburantes jubilados y nostálgicos revolucionarios.  
Y después llegaron nuestra frágil democracia,  
la globalización, el capital financiero y la informática.  
Para entonces ya teníamos canas, hijos adultos  
y nietos que no pueden entender lo que habíamos pasado.  
Mejor no hablar de la artritis, la osteoporosis,  
los infartos, la hipertensión y otras "nanas".  
En "los trabajos y los días", se nos fue yendo el tiempo.  
Atentos al paso de la historia sin embargo,  
nos costó creer que íbamos envejeciendo.  
Finalmente,  
aquellos pibes soñadores se han encarnado  
en estos viejos y viejas que se interrogan,  
que exigen como entonces las respuestas  
y que se niegan a hipotecar los sueños.  
(A primera vista puede parecer grotesco  
pero hay algo sublime en la insistencia).  
No nos seduce el vértigo y el cinismo de los nuevos tiempos  
porque intuínlos que entre tantos errores cometidos  
en algo importante no nos hemos equivocado:  
si no podemos hacernos un mundo a la medida  
vale la pena, ahora como siempre,  
que se nos vaya la vida (el restito que nos queda)  
en intentarlo.

## *Metafísica política*

¿Quién escucha su voz  
si los ruidos ensordecen, sobran las palabras  
y lo que resta está en manos  
de un futuro incierto?

Pero insiste,  
afirma su derecho,  
no simplemente a que la escuchen  
sino, nada menos,  
a transformar el mundo;  
porque de eso se trata.

¿Quién es esa voz  
que pretende tamaña desmesura?.

Tal vez ni lo pretenda.  
Simplemente resulta así  
de su presencia,  
de su eco que, tal vez,  
sólo tal vez, resuena  
en todas latitudes.

¿Será el inaudible aleteo  
de esta mariposa,  
o el contenido llanto  
de ese niño abandonado,  
o el sordo rumor de multitudes,  
o el mudo latir  
de aquella estrella?

## *Moción de cierre*

Entiendo a los que creen y no bromeo,  
que Dios nos hizo hombres y también mujeres.  
(La duda terrible surge con los homosexuales y travestís;  
pero dejemos de lado lo que no nos concierne).  
Si es así, ya todo está resuelto  
y no vale la pena preocuparse.  
Desgraciado de mí, siempre tuve dudas  
que supongo, ni siquiera eran heréticas;  
en verdad, lo que es simple nunca me convence.  
Es un defecto juvenil que los años agravaron.  
El otro camino, el de la ciencia, confieso  
que me tiene fatigado: cada respuesta  
abre a nuevas preguntas y lo que yo quiero  
es el saber certero, absoluto y no  
el enriquecimiento de mis dudas.  
Por eso, esa legión de monos y fósiles  
nada me dicen de aquel momento trascendente  
en que sobre nosotros descendió el espíritu.  
Creo, quiero creer que Teilhard tuvo razón:  
del 0 al Todo, Dios nos hizo dar el salto  
de la animalidad al ser consciente.  
Por lo tanto al antiguo debate  
hay que darle un cierre.  
Votemos y volvamos a nuestras casas  
que es tarde; los niños trasnocharon,  
la cena se enfrió y nuestras mujeres se nos duermen.

*Aprendiz de fundamentalista  
en reunión con whisky.*

## *¿Palomas o águilas?*

"Vuelan las palomas" dijo mi amigo Carlos.  
Las mías, las que me rodean  
ya no se conmueven con los estampidos,  
ni siquiera por el rugir de los motores  
o el acoso incesante de los niños.  
Andan buscando su comida, su pareja;  
en fin, sus labores cotidianas.  
Ahora sólo vuelan cuando anticipan  
el riesgo, la incertidumbre o el desencanto.  
Yo lo advierto en sus inquietos ojos  
que nada dicen a los que no son expertos.  
¿Y nosotros qué, mamíferos terrestres,  
primates que olvidamos lo que no debimos:  
la algarabía fraterna lejos del suelo, entre las ramas?  
¿Cómo hacer para tener alas? Ardua faena;  
para levantar vuelo a otros destinos  
y así salvar a "los condenados de la tierra".  
Tenemos que construirnos alas  
fuertes, bellas y veloces,  
dejar de ser palomas vagabundas  
y volvernos águilas certeras.

## *No siempre mar*

¿Qué decir del mar  
que no haya sido dicho?  
Quizás que hubo un tiempo  
en que estuvo ausente  
porque habitaba el cielo  
antes del gran diluvio.  
Después, bajaron las aguas  
en aquella lluvia interminable  
y las piedras calcinadas, humeantes,  
gozosas lo acogieron.  
El planeta estéril  
inventó el arcoiris  
y se vistió azul de gala  
para el encuentro.  
El milagro de la vida  
se demoró en él, largamente.  
Fue la era de las mínimas criaturas  
y de los extraños seres  
que tuvieron en él,  
su cuna, su casa y su última morada.  
Mucho después, algunos temerarios  
torpemente cruzaron su frontera,  
ocuparon la tierra yerma  
y el color verde, vino con  
el musgo y los lagartos;  
luego las mariposas, las ñores  
y los pájaros y, por qué no,  
las ratas y los hombres.  
Y al cabo, un poeta  
le escribió su primer verso.

## *Huesos y piedras*

Viejos obstinados y entusiastas jóvenes,  
blancos, negros, amarillos,  
revuelven arenas y levantan piedras,  
bajan a las cuevas y trepan murallones,  
en repetidas jornadas ardientes o gélidas.  
Suele ser magra la difícil cosecha.  
Casi por azar, a veces llega la recompensa.  
Sin embargo, los huesos y guijarros  
para contar una compleja y fascinante historia,  
no parecen suficientes.  
¿Qué podemos saber, por un trozo de fémur,  
de los anhelos y las angustias de ese ancestro?.  
¿Qué de su última noche, antes  
de la esperable muerte?.  
¿Qué de sus ocultos pensamientos?.  
Tal vez pensó en su compañera  
o en aquel bisonte que escapó al acecho,  
o en el sol poniente sobre el paisaje.  
¿Se sintió solo en ese trance o creyó  
que el gigantesco oso,  
lo levantó entre sus patas  
o que el águila blanca lo elevó hasta el cielo?

## *Delirio antrópico*

Adán no fue el primero.  
El mito me interesa y me conmueve,  
pero la historia me fascina y compromete.  
¿Una pareja originaria  
o mejor un grupo de padres primigenios?  
¿Quién tiene el cartabón  
para elegir cuál es el mayor  
de los dos misterios?.  
Ellos desde el pasado  
nos miran en silencio.  
La leyenda -quién lo duda- es bella  
pero la poesía no está ausente  
en esos monos bípedos que sin saberlo,  
inauguraron la aventura humana.

## *Diamante y piedra*

¿Qué soberbia acredita ese diamante,  
finamente tallado, guardado con celo  
entre otros inútiles tesoros  
en un oscuro cofre, vigilado  
para lucir fugaz en la corona de los reyes  
orgullo de los poderosos  
y deleite de necios cortesanos?  
¿Cómo pretende ser más  
que este humilde guijarro  
que apenas pesa entre las manos?.  
Esta tosca piedra desbastada  
con su filoso borde  
rasgó la piel de la primera presa  
y su carne amamantó la veloz fuerza,  
el entendimiento y el coraje  
para el camino de ser hombres.

## *Pensando en ser soldado*

Hace un año fui a Galicia  
a presentar con devoción  
el libro postumo de poesías de mi padre  
que Miro y Rafa hicieron posible  
y escuché al erudito Alonso Montero  
decir que mi viejo, gallego, almacenero,  
había sido soldado de un ejército de poetas.  
Un singular ejército demócrata y desarmado  
y sin embargo con aptitud de lucha y rebeldía  
que creaba y sostenía a sus grandes capitanes.  
En esa tierra que también es mía  
encontré el abrazo de los nuevos trovadores  
caminando por las rías y las aldeas,  
paseando bajo arcadas en Santiago,  
mirando el mar, bebiendo en las tabernas,  
repensando el mundo, golpeando corazones,  
abriendo puertas entre mis hermanos,  
acompañando los dolores y anhelos de ese pueblo  
de campesinos, marineros y estudiantes.  
Allí creo, comencé a pensar  
en enrolarme y declararme poeta;  
en el Batallón literario da Costa da Morte.  
Y salir a nuevos rumbos, a disputar  
por la igualdad y la justicia  
por el amor y la poesía  
que al fin, resulta ser lo mismo.

# *Compostela*

Altas torres vestidas de plata  
azul profundo de la noche hieren;  
por las callejuelas, ecos de gaita reverberan;  
bajo arcadas, los estudiantes enamoran;  
desde piedras venerables me seducen,  
fantasmas queridos caminan a mi vera.  
En las copas, el ámbar Albariño relampaguea,  
el jamón y los pimientos me provocan;  
amigos entrañables y etéreos me rodean;  
entre aromas de flores y cocinas, el corazón me crece.  
Mi ensueño hecho palpable materia, ¿dónde navega?

En Santiago, mi tiempo se detiene.

*Setembro del 2000*

## *Amigos de la vejez*

Amigos de la vejez,  
o de su amenazante cercanía;  
quién dijo que no los hay,  
que no es posible,  
que no se puede reavivar  
el fuego que dormita bajo las cenizas.  
Me los topé a veces en la esquina  
rumiando un fastidio inaugural,  
a veces fue un café imprevisto  
terminado en confidencias;  
otras, un destello en el aburrimiento  
y también nostalgias divididas.  
Nos olfateamos como perros vagabundos  
por calles que no nos pertenecen.  
Nos juntó la rabia, el dolor y la esperanza,  
la necesidad de pensar con cabeza propia,  
las vidas y las muertes paralelas.  
Prójimos entrañables, hermanos recién nacidos.

## *Sólo padre*

Los buenos poetas acometen metáforas originales.  
Yo sólo soy ahora un padre conmovido  
y entonces se me ocurre nada más  
que mi hija posee el privilegio  
de un fruto maduro a punto de estallar  
y asombrar al mundo.  
Pronto junto con sus hermanos y otros muchos,  
avanzará pisando fuerte  
en la tierra y el siglo que se viene.  
Para ellos habrá que sostener,  
desde las incertidumbres nuestras, a la esperanza;  
porque es mucho pedir a sus manos frágiles.  
Después, más adelante, él y ellos la tomarán  
y la esperanza cesará como deseo, ilusión o sueño;  
se volverá construcción, roca , destello,  
revelación inesperada.

## *Mi quinto nieto*

Hoy nació Mateo que me parece  
bello como la madre  
y fuerte como el papá.  
Su nombre tiene resonancias  
evangélicas o campesinas,  
o de alegres paseos por Palermo.  
Cien millones de años garantizan  
su sabiduría al prenderse del pezón.  
Hay algo sagrado en el espacio inaugural  
entre su rostro y el pecho de Marcela.  
Dentro de poco en ese espacio  
que sus manos diminutas comienzan a explorar,  
estará el mundo entero del siglo XXI.  
Estoy seguro, no sé por qué,  
quizás siendo nada más  
y nada menos que su abuelo,  
que él lo va a recorrer y fecundar,  
dejando la huella  
de sus grandes o pequeñas obras.

## *Sueño dogmático*

**Mi sueño fue dogmático  
y dormía apaciblemente.  
Ahora se me cayeron las certezas  
y ando por las noches, perdida mi alma,  
rastreando incógnitas, persiguiendo evidencias  
y golpeando puertas de casas abandonadas.  
Algunos tontos envidiables  
siguen soñando como yo  
antes de mis desvelos.  
Hay quien se puso las pantuflas  
y pasea al perro: tarea inobjetable.  
Otros se me mueren  
desertando de mi amor  
que no supo retenerlos.  
Consuela no estar solo  
en los arduos empeños.  
Por suerte somos muchos  
deambulando insomnes y perplejos;  
los ojos y oídos muy abiertos  
por un mundo que creímos conocido.  
Juntamos terrones, briznas de hierba,  
escuchamos las voces  
de olvidados maestros  
y los ecos persistentes de las antiguas luchas  
que convocan a nuevas y sensatas utopías.**

## *Caballo para la utopía*

El mundo anda desbocado  
dicen los que saben y más aún  
los que van quedando en el camino,  
los que están a punto de caerse,  
los que sufren, aquellos que les duele  
esta loca cabalgata sin destino.  
Dicen además que la cuestión es manejar las riendas.  
Estos malditos intelectuales y políticos  
aprovechándose de mi supuesta madurez,  
me fueron convenciendo de lo bueno de marchar al paso  
con el oculto deseo de matar mi sueño adolescente.  
Yo sin embargo, empecinado, vuelvo a pensar  
que deberíamos cambiarnos de caballo.  
Si de veras me dejan elegir, optaría por  
Bucéfalo, Babieca o Rocinante,  
pero prefiero entre todos a Pegaso .  
La explicación es simple:  
es un corcel alado e indomable  
que galopa libre por los cielos.  
En su lomo que presumo enorme  
montarán todos los infelices y desheredados,  
para conquistar el Olimpo vacío de los dioses  
donde por primera vez habitarán  
los pobres, sus palacios.

## *¿Porvenir luminoso?*

Creí en un porvenir luminoso.  
Ahora, metidos en el túnel, a lo lejos  
la luz del futuro parpadea,  
y amenaza dejarnos en tinieblas.  
Los agoreros preanuncian  
una nueva Edad Media,  
no la de los caballeros andantes,  
ni de los monjes eruditos,  
la del sabio Agustín,  
el tierno Francisco, el de Asís,  
o del valiente Robin,  
sino la de los sombríos castillos,  
los mendigos y bandidos  
y los guardias mercenarios;  
la de la peste negra y el hambre,  
el fanatismo y el poder desnudo.  
¿Qué hacer ante la ominosa profecía?  
Recomiendo, ya mismo,  
vestirnos la armadura  
sobre la endurecida piel  
y el corazón templado  
con el morrión de las razones fuertes,-  
ponernos los guantes del amor al prójimo,  
las botas de andar lejos, pisando  
suavemente la tierra que ocupamos,  
tomemos el escudo que protege  
de los malignos presagios;  
enarbolemos nuestras lanzas  
de horadar conciencias  
y congreguemos un ejército solidario,  
todos infantes, sin jefes  
ambiciosos que luego nos sometan.

**Más que gritar, cantemos,  
¡tenemos tanta música en el alma!  
Echemos a andar cerrando filas;  
no vamos a conquistar el futuro  
porque -dadlo por seguro- eso no existe.  
Sólo será, lo que logremos  
con nuestras menguadas pero resueltas fuerzas.**

## *¿Nosotros?*

**Digo nosotros y ¿a qué aludo:  
mi familia, mis vecinos,  
mis semejantes  
o a toda mujer y todo hombre?  
Digo mi hermano y ¿qué imagino?  
¿el que nació de la misma madre,  
el que compartió la misma suerte  
o al humillado más allá de las fronteras?  
Digo amigo y ¿qué designo?  
¿El que cubrió mi flanco en el combate,  
el que me dio sin pedir nada,  
el que repartió conmigo alegrías y tristezas,  
o digo amigo al rostro extraño  
del diferente que, tal vez, nunca vea?**

## *Envidia*

Envidia a obreros y artesanos  
y aclaro que no por un "prejuicio de clase",  
aunque así me tiente mi ideología.  
Los envidia por creadores;  
porque de sus manos surge  
algo, lo que sea, que antes  
no existía en el universo.  
Demiurgos de la realidad, pequeños dioses  
que construyen y hacen habitables  
nuestros mundos compartidos.  
Se ha dicho que primero fue el Verbo, la palabra.  
Yo no imagino a Dios hablando.  
Las palabras llegaron tarde y  
todos sabemos que se las lleva el viento.  
En cambio, yo pienso a Dios como alfarero,  
y si me apuran, como zapador o campesino.  
Me fascina la metáfora del hombre  
hecho de barro o de maíz,  
como lo saben los aztecas.  
Barro, arcilla, madera o piedra;  
quizás algo sagrado llevan  
esas esencias planetarias.  
En ladrillo, chip, tornillo o escultura,  
la palabra se realiza en acto  
y allí perdura y se eterniza,  
huyendo del destino  
de las lenguas vacías de sentido.

## *Futuro imperfecto*

Yo quiero saber exactamente  
cómo será el mundo del futuro;  
no me conforman ambiguos anticipos.  
Dios o la naturaleza me otorgaron  
saber con certeza -terrible privilegio-,  
más allá de toda duda,  
que he de morir a plazo fijo.  
Si conozco ahora ese destino,  
¿por qué me niegan el porvenir del mundo?  
¿es que sólo me resta el vaticinio  
de futurólogos y sacerdotes  
o peor, de científicos sombríos  
que ponen duros límites  
a mi omnipotente narcisismo?  
¿Es que estamos acaso empantanados  
entre un escaso saber y un frustrante anhelo?  
Me parece que la ciega evolución  
nos ha traído hasta la mitad del camino.  
Sospecho que hasta aquí llegamos  
con nuestro propio entendimiento.  
¿Habrà que esperar el relevo  
de una nueva especie más dotada?  
Paradoja cruel, porque hasta eso  
a ciencia cierta, también se nos escapa.

# *Enrique*

*A mi hermano Juan Enrique Kusnir que se murió en  
setiembre del 2000 y no pudo escucharme.*

Dijeron que éramos como  
Sócrates y Platón alegres  
despues que Pablo y Pedro.  
Yo prefiero Asterix y Obelix,  
o mejor Carlos y Federico.  
Enrique se me está muriendo  
y voy a perder la mitad que necesito:  
porque a mi bronca le va a faltar la sutileza  
a mi oculta ambición, la cristiana modestia;  
a mi melancolía, su tristeza judía  
a mis Evangelios, su Torá;  
a mi indignación, su militancia serena;  
a mi fuerza enclenque, su debilidad hecha fortaleza;  
a mi inteligencia, su talento;  
a mi humor, su ternura;  
a mi estupidez, su entendimiento;  
a mis conocimientos, su sabiduría;  
a mi egoísmo, su generosidad sin límites;  
a mi racionalismo, su imaginación poética.  
Enrique, ¡no te me mueras!  
porque dejarás en el camino  
a un medio hombre  
al que ni la mitad de las lágrimas le quedan.

*índice*

**Palabras para la ocasión / 5**

***Relatos:***

**El tallista / 13**  
**Bautismo de fuego / 19**  
**Cleopatra / 21**  
**Mis abuelos / 27**  
**Trascendencia / 41**  
**Elogio del olvido / 43**

***Textos irónicos:***

**Discurso del Secretario General / 49**  
**La memoria / 51**  
**Universidad de los monos / 53**

***Relatos de ciencia-ficción:***

**Saurio Sapiens / 59**  
**Imposible e inevitable / 63**  
**La luciérnaga del cosmos / 70**  
**Maite / 82**  
**El siglo de Mariana / 88**  
**El pueblo de Emilia / 94**  
**Futuro en el pasado / 96**  
**¿Qué hacer? / 103**

***Poemas:***

**Narciso y Prometeo / 111**  
**Me expongo / 113**  
**Pacto fáustico / 114**  
**El pescador y el ánfora / 115**  
**Oro devaluado / 116**  
**Bien educado / 117**  
**Azul y el viaje / 118**  
**Realidad virtual / 119**  
**Refugio / 120**  
**Soledad / 121**  
**Tengo ganas / 122**  
**Bufanda para el frío y la tristeza / 123**  
**Corazón blindado / 124**  
**Inspiración / 125**  
**La cita / 126**  
**Amor milimétrico / 127**  
**Viaje al desencanto / 128**  
**Crónica de ayer / 129**  
**Pornopoemas / 130**

**Los hombres y mujeres de mi generación /131**  
**Metafísica política /133**  
**Moción de cierre / 134**  
**¿Palomas o águilas? /135**  
**No siempre mar /136**  
**Huesos y piedras / 137**  
**Delirio antrópico /138**  
**Diamante y piedra / 139**  
**Pensando en ser soldado / 140**  
**Compostela /141**  
**Amigos de la vejez /142**  
**Sólo padre /143**  
**Mi quinto nieto /144**  
**Sueno dogmático /145**  
**Caballo para la utopía /146**  
**¿Porvenir luminoso? /147**  
**¿Nosotros? /149**  
**Envidia /150**  
**Futuro imperfecto /151**  
**Enrique /152**

Este libro se terminó de imprimir  
Stilcograf S.R.L. Pujol 1046/52,  
Buenos Aires  
en marzo de 2001.

*Más allá de su valor literario que no me corresponde juzgar, estas páginas son, con seguridad, lo más personal e íntimo que he escrito y publicado. Abarcan un conjunto heterogéneo de temas que toman la forma de relatos, cuentos y poemas. En algunos, como en "El tallista" o "Cleopatra", mi intención fue relatar la realidad tal como yo la viví, salvo los dos últimos renglones de "El tallista" que son, por supuesto, inventados. Otros son casi "delirantes", pero aún allí mi vida sigue en el trasfondo como no podría ser de otra manera. Por ejemplo, los protagonistas de algunos de los cuentos de ciencia ficción son mis propios nietos.*

*Diría que este libro es mi propio identikit, donde se encuentran mis ideas y sentimientos más encarnados, en cuerpo y alma.*

*Por eso, quizá estas páginas deberían quedar en el refugio privado en que fueron creadas.*

*Necesito, entonces, justificar la audacia de exponerlas, de mostrarlas y... de mostrarme.*

J.G.P.